34.01
ANT
XIX
2286/1

LAS NOCHES DEL ALBAICIN

TRADICIONES

LEYENDAS Y CUENTOS GRANADINOS

POR

DON ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA

TOMO PRIMERO

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5.
1885

LAS NOCHES DEL ALBAICIN

TRADICIONES

LEYENDAS Y CUENTOS GRANADINOS

POR

TOMO PRIMERO

MADRID

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ

calle de Jesus Nazareno

1863

R-118573

AFÁN DE RIBERA

LAS NOCHES DEL ALBAICÍN

TOMO PRIMERO

LAS NOCHES DEL ALBAICIN

TRADICIONES

LEYENDAS Y CUENTOS GRANADINOS

POR

DON ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA

TOMO PRIMERO

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5.
1885

Es propiedad, y todos los ejemplares llevarán una contraseña.

No se permite la reproducción de ninguno de los trabajos que contiene esta obra, con arreglo á lo establecido en el artículo 31 de la ley de propiedad literaria.

INTRODUCCIÓN

El Albaicín de noche.

Bajo el tradicional emparrado, en fresco cenador, formado de entrelazadas cañas, y sentados en torno de rústica mesa, departíamos una tarde varios amigos, mientras apurábamos algunas botellas de vino blanco de la costa, allá en morisco carmen del legendario Albaicín. El anfitrión era un conocido poeta que ha pasado largos años de su vida recogiendo tradiciones ó inventando leyendas en aquellos sitios predilectos de su fantasía, y casi todos consagrados por él, no sé si con honestos deleites ó con lamentables extravíos. Lo cierto es que, conocedor profundo del histórico barrio, había concebido el propósito de reunir en un volumen todas las consejas recogidas de boca de las viejas comadres de aquéllos, amén de algunas invenciones del poeta, arrancadas, digámoslo así, de entre las grietas de los car-

comidos muros de vieja torre ó desmantelado edificio. Solicitada por el poeta y aceptada por mí la colaboración en la obra proyectada, buscósele un título de antemano, trazóse el plan, se hizo el reparto, y, después de apurar los últimos vasos, dióse por terminada la reunión, dispersándonos silenciosos por el intrincado laberinto de oscuras callejuelas que constituye aquella parte de la población. Yo creo que aquella noche hice la mitad del libro que me había comprometido á escribir, pero que no he llegado á escribir jamás. El Albaicín, tan poblado como en sus mejores días, se albergó aquella noche en el fondo de mi cerebro; pero después no volví á ocuparme de semejante cosa.

Algunos años han transcurrido desde aquella tarde, y muchas son las vicisitudes que ha sufrido mi asendereada existencia. No es extraño, pues, que yo no haya cumplido mi ofrecimiento; culpa es de las circunstancias, pero no de mi voluntad. Lejos casi siempre de esta ciudad querida, donde se meció mi cuna y donde volaron un día mis ensueños como bandada de blancas palomas; de esta ciudad, con que yo soñaba en mi adolescencia, y que he aprendido á amar en el destierro; lejos casi

siempre de Granada, yo no he podido escribir sus tradiciones ni narrar mis recuerdos, porque las lágrimas habrían borrado lo que hubiera escrito, y porque la nostalgia, esa enfermedad de los gallegos, acrecentándose, me habría condenado á esa muerte que diezmaba en otro tiempo los aguadores de Madrid. Mi amigo el Sr. D. Antonio Afán de Ribera ha escrito su parte y la mía. El público gana mucho en ello, y, como ha de aplaudirle largamente, gana mucho también nuestro poeta. No han de menester, ni el autor ni la obra, de encomio, lo que me ahorra el penoso trabajo de panegirista. El vate granadino ha hecho el libro del Albaicín, y esto basta para su elogio.

La torcida rama de la higuera silvestre que, á manera de verde penacho alguna vez ondea sobre el gastado yelmo de piedra de la casa solariega de antiguo hidalgo; el pórtico ruinoso de viejo palacio árabe convertido en casa de vecindad, ó cayéndose, avergonzado de su miseria, en brazos de los cercanos árboles, mudos testigos de tanta desolación; el abovedado aljibe, que no sólo guarda el agua que recibe de abundosa acequia, sino que también algún secreto que discretamente se oculta bajo sus arcos; la desgastada cruz, que entre fron-

dosa arboleda ó en solitaria plaza abre los brazos, que extendería quizá para contener la mano de un asesino ó recibir la doliente figura de triste madre ó burlada doncella; el destrozado ajimez, á cuya columna de mármol blanco entrelazó sus brazos el atrevido mancebo que escalara osado la estancia de su compasiva amante, ó donde apoyó su redondo seno la doncella mora, si abriendo su celosía descubrió un punto el secreto de su hermosura; las ojivales puertas; los moriscos patios rodeados de columnas que se reflejan en las límpidas aguas de un estanque; los restos de suntuosa estancia cubiertos de alicatados y de preciosísimas labores; la desmantelada torre donde el muezín ha tomado la forma de un sacristán; las oscuras encrucijadas donde aún parece que resuenan los pasos de los enamorados y se oye el chocar de sus espadas; toda esa aglomeración de tradiciones y de recuerdos, toda esa serie de ruinas y de jardines, todo ese mosaico del Albaicín ha tomado cuerpo y adquirido vida en el cerebro del poeta, que, desde el lejano rincón antes citado, se abandona á sus extravagancias y á sus ensueños, contemplando á lo lejos, reunidas en fantástico grupo, las torres de la Alhambra, que dora acaso el

último rayo del sol, y en el límite del horizonte la extendida línea de Sierra Nevada, que parece blanco cendal prendido de la aún erguida cabeza de nuestra sultana, como para recordarle eternamente su origen oriental y su pasado esplendor.

El drama caballeresco que se encuentra por todas partes en este libro va á comenzar. He aquí el lugar de la escena:

Un barrio pintoresco, que ocupa varios collados, se extiende, como una red de torcidas callejuelas entrelazadas por frondosos huertos, ceñida á veces por carcomidas murallas. Ya es la torre de antigua mezquita que en un ángulo de sombría plazuela se levanta imponente; ya es el viejo convento, cuyos altos muros contrastan con el jardín vecino, llenos aquéllos de anchas grietas y poblado éste de árboles frutales; ya la tortuosa vereda que interrumpe pesado arco que separa un carmen de un monasterio, y cerca del cual se levanta, á modo de constante centinela, solitario ciprés; ya son los restos de antiquísimo castillo que presenta sus torreones descarnados como una línea de gigantescos esqueletos; ya el caprichoso paisaje que, semejante á las vistas de un estereóscopo, se reproduce á cada momen-

to y á cada momento sorprende con lo inesperado de sus combinaciones. La noche extiende su manto como blanquecino sudario, y el Albaicín reposa mudo y sombrío cual si durmiera el sueño de la muerte. El cielo azul se cuaja de estrellas que pestañean como si fueran ojos de los ángeles, y el Albaicín permanece mudo y sombrío con esa poesía particular de las ruinas y esa tristeza de las grandes desolaciones. Siempre oscuro, siempre misterioso, siempre poético; sólo mortecina luz que arde delante de venerada imagen lanza sus pálidos destellos en medio de esas noches que parecen hechas á propósito para toda clase de sueños. Un rayo de luna sólo baja, al cabo, á despertar aquellas olvidadas odaliscas que duermen hace cuatro siglos entre sus escombros. Medrosas pasarán por aquellas desiertas encrucijadas legiones de fantasmas que la luna evoca con lujurioso rayo. Aquellos jardines parece que se iluminan para celebrar otra vez la zambra morisca; los árboles se inclinan como para presenciar mejor alguna contienda de celos africanos; y si el viento agita las hojas de las higueras ó gime entre los emparrados, parece que el ambiente se llena de suspiros de amor.

Hay que bajar del Albaicín. La tortuosa cuesta conduce, al cabo, al melancólico puente del Aljibillo. Hay que detenerse. Como si se bajara soñando por la cuesta del Chapiz, se restrega uno los ojos. La maravilla del cuadro parece que está fuera de la realidad. Ciertas cosas no se conciben más que en sueños. Grupos de caprichosas nubes blancas recorren el firmamento como masas flotantes que, tomando diversas formas, trazan figuras imposibles sobre el lienzo azul del espacio. La luna rompe un momento su envoltura de nubes y parece como que, gozosa de su triunfo, se ostenta en todo su esplendor. Si la luna está enamorada de la tierra, ciertamente que de lo que lo está es de la Alhambra. Allá, á lo lejos, se levantan en la penumbra las Torres Bermejas sobre oscuro cerro; sobre elevada eminencia, donde gigantescos álamos forman extraño bosque, se dibujan en fantástica hilera, desde la torre de la Vela hasta el mirador de la Sultana, los muros de la fortaleza; la silueta de la torre de Comares corona aquel grupo caprichoso, imposible de describir y delicioso de contemplar; aquellos muros que enlazan las torres; aquellos tapices de verdura que con riqueza oriental decoran el pai-

saje; la tortuosa línea que proyecta la cuesta de los Muertos, á cuya izquierda, entre verde espesura, se levanta el blanco Generalife que la luna baña voluptuosamente; al lado opuesto, la oscura torre de los Picos, cuyas almenas se dibujan claramente sobre el horizonte; y más allá aquella fila de torres que enlazan paredones cubiertos de yedra; y allá, á lo lejos, las angosturas del Darro; el camino de la fuente del Avellano á la falda del cerro, los montes lejanos, y el famoso Colegio, que descubre entre espesos árboles, cercado de los característicos nopales que cubren el terreno, interrumpidos sólo por la abertura de alguna cueva, donde brilla macilenta luz para testificarnos que en Granada hasta la miseria habita un paraíso. Razón tiene la luna en estar enamorada de todo eso. Un rayo que juguetea en un ajimez del palacio árabe acaba de producirme un verdadero sobresalto. ¡Creí que era el espíritu de la última sultana!

BALTASAR M. DURÁN.

AASALGIAB[1]

TRADICIÓN

Á Amelia.

I

Por el tiempo en que las violetas empiezan á esparcir sus olores, tú, niña querida, tan pura y modesta como ellas, pediste una historia á este pobre cantor para esparcir la melancolía que germinaba en tu alma.

Prometí escribírtela, y un año ha pasado sin cumplir mi oferta.

Hoy la florida estación asoma, y sus gentiles mensajeras hace días que perfuman los encantados bosques de la Alhambra. Tu recuerdo aparece en mi mente, un rayo de sol me anima, y tomo la pluma para realizar la promesa.

Bálsamo del cielo son las frases que se estampan dictadas por los sentimientos del co-

1 Nombre árabe que significa *cisterna de la miel.*

razón; si estas mías no logran el objeto que al pedirlas te propusiste, serán al menos testimonio de que tu recuerdo no se aparta de mí.

II

Rotas están las treguas con Granada. Muley-Hacén responde altivo al bizarro caballero D. Juan de Vera que ya en la morisca ciudad sólo se labran alfanjes y hierros de lanza contra los enemigos, en vez del tributo anual de las 2.000 doblas de oro; y esta respuesta airada, que escucha el embajador de los Católicos Reyes, anima á éstos más y más á prepararse á la total destrucción de la monarquía arábiga.

¡Triste año el de 1478! Y más triste aún la suerte de la desventurada villa de Zahara.

El feroz monarca sarraceno, para aumentar el prestigio entre sus vasallos, medita una expedición á las tierras castellanas, y aquella población fué el blanco de sus iras.

Noche oscura y borrascosa, guarnición desatendida y descuidada, sobra de confianza en sus fuertes muros, contribuyeron á que el famoso castillo, baluarte de las ciudades de

Ronda y Medina Sidonia, cayera en poder de Muley.

Como bandada de lobos se precipitaron los belicosos zegríes, con su Rey al frente, en los torreones abandonados, y bien pronto la sangre inundó las calles, y la cimitarra segaba cabezas á quienes el espanto impedía defenderse.

A la madrugada del siguiente día, los moradores que quedaron con vida en Zahara fueron reunidos en la plaza, como manada de ganado, sin distinción de sexo ni edad, y conducidos esclavos á Granada, cual trofeo de la ferocidad y buena suerte de la algarada que preparó su señor.

Pero los granadinos tuvieron compasión de los vencidos. Tal vez presintieron su propia suerte en la desdicha zahareña, y, en vez de insultos y malos tratamientos, acogieron con lágrimas y caricias á los que llegaban con vida, pero transidos de dolor, de las comarcas andaluzas.

III

Entre los cautivos que tocaron al poderoso jefe Salem Alhamar, se hallaba una bellísima

doncella llamada María de Hinestrosa, hija de un antiguo capitán de escaladores, que vivía en la fortaleza. Su candor y su hermosura eran proverbiales, y su ojos azules y su rubio cabello la asemejaban á una de esas vírgenes que forman la más dulce ilusión del poeta.

Su padre adoraba en ella; y combatiendo en la puerta de su morada, murió como un héroe defendiendo su religión y el más querido pedazo de sus entrañas.

¡ Pobre María ! La doncella, encanto de la frontera, vino á ser trasladada al impuro harén del opulento zegrí.

Y más desgraciado, si cabe decirlo, su prometido, el alférez de arcabuceros Fadrique de Saavedra.

Mozo de arrogante estatura, de esclarecido linaje, y teniendo por divisa el lema de *por mi Dios y por mi dama*, que en la España de los buenos tiempos realizó tan heroicas hazañas, sólo pensaba en combatir á los enemigos de la Cruz y en unirse á su prometida. Pero la infausta suerte lo dispuso de otra manera. Como un león enfurecido combatió en las calles de Zahara, y cuando, agobiado por el número y rotas las armas, volvió en si de un

desmayo producido por un fuerte golpe, se encontró entre un montón de cadáveres, dejado allí como uno de aquéllos después de la matanza. Esperó las sombras de la noche; y cuando después de mil riesgos logró salir del lugar conquistado, y en el campo se informó por un triste fugitivo de la suerte de su adorada y del infeliz vecindario, se levantó con desesperada energía, hizo la señal de la cruz, y — ¡á Granada! — exclamó; — ó perder la vida, ó salvar la ilusión de mi existencia.

IV

Era una hermosa noche de primavera. El barrio del Albaicín de la oriental ciudad, cada vez más populoso y rico por las infinitas familias que se refugiaban en la comarca granadina, último baluarte de la raza musulmana, rebosaba vida por sus enhiestas calles, y las mezquitas se llenaban de creyentes al grito del muezín que los llamaba á la oración.

Sólo en un palacio, que honores de ello tenía la casa adonde trasladamos la escena, se notaba más bien el silencio que el bullicio, el pesar que la alegría.

Y eso que, situado en el extremo de lo que

hoy se llama Placeta de las Minas, era punto céntrico y notable, cerca del principal desembocadero de la famosa Plaza Larga, por el actualmente nombrado Arco de las Pesas.

En un huerto, fiel trasunto de los jardines del paraíso muslímico, se elevaba un pabellón cercado de rosales de Alejandría y de encendidos claveles.

Tenue luz de una lámpara de plata de perfumado aceite alumbraba los ricos cojines de telas de Damasco, y la alfombra pérsica que, como rico tapiz, cubría el pavimento.

Sólo dos personas se encontraban en él.

Un moro joven, arrogante, de negros ojos y más negra barba, vestido con todo el lujo de los orientales, con blanquísimo turbante, roja túnica y agudo puñal pendiente de un cinturón bordado de piedras preciosas, y una seductora joven, con el severo traje de las castellanas, que tanto contrastaba con el abigarrado y voluptuoso de las moriscas.

Era su túnica negra, en señal de luto eterno, y, abrochada hasta el cuello, formaba marco á su blanquísimo rostro, dulce como el de un ángel y severo como la virtud cristiana.

El árabe era Salem Almanzor; la doncella, María.

— Escucha, cristiana de mis pensamientos, escucha por última vez mi ruego. Una fuerza misteriosa me hace ser el esclavo de mi esclava; postrarme yo, el tigre de las batallas, á los pies de la débil gacela; pero... ya es imposible otra resistencia. Soy tu dueño; obedece.

— Nunca, señor — le respondió María con acento conmovido, pero enérgico; — podéis matarme; ya os lo he repetido muchas veces: deseo reunirme con mi padre, y espero tranquila la voluntad de Dios.

— Pero, castellana de mi vida — le replicó Salem arrojándose á sus plantas, — ¿por qué no aceptas mi verdadero amor? ¿Cómo he de matarte cuando eres la hurí de mi ventura, cuando no he amado nunca, cuando el verte á mi lado es mi única esperanza, y sólo tu presencia reanima un corazón que sólo gozaba en la sangre y en las lágrimas? María, óyeme: ofrecerte mis riquezas es nada, mi vida es poco; pero mi honor de caballero musulmán, la fe de mis mayores, es mucho. Ámame, María; seré cristiano, y puesto que tu Dios forma seres tan perfectos y dignos, ese es el verdadero. Mañana iremos á tierras de Castilla, y el zegrí Alhamar cambiará de religión y de rey.

Un silencio solemne de algunos minutos sucedió á las apasionadas frases del musulmán.

Éste, de pie, imponente, verdaderamente hermoso, aguardaba con los ojos bajos las palabras de la joven.

María se acercó lentamente. Una lágrima de ternura rodó por sus mejillas; tomó la mano del moro, que se estremeció á su contacto; la besó con el mismo respeto que pudiera hacerlo una hija con su padre, y le dijo:

— Gracias, poderoso Salem, por vuestras bondades. Nunca podré olvidarlas, y rogaré á la Santísima Virgen que os las recompense. El sacrificio que me ofrecéis es inmenso; en otra ocasión sería honrada, ¡qué digo! dichosa con él. Pero no puedo aceptarlo. Sabedlo de una vez: no soy libre; mi corazón pertenece á un guerrero castellano, y si murió en el combate, morir debe ser mi suerte; si vive, unirme á él. Las doncellas castellanas así somos; todo entre nosotros es imposible. Amo á otro.

Un rayo que hubiera caído ante el moro no le hubiese producido mayor efecto.

Irguióse altivo; sus ojos lanzaron fuego, y, puñal en mano, se dirigió á María.

— ¡Amas á otro! — rugió; — pues muere,

y contigo toda tu infame y abominada raza.

María lo esperó con los brazos cruzados sin moverse de su sitio.

Al verla con aquella tranquilidad, como una mártir ante el altar del sacrificio, el rudo zegrí, que, á pesar de todo, era un valiente como los de su raza, se contuvo y envainó su puñal.

— María — le añadió, — cuando no te he muerto, Alá te guarda para mí. Bastante castigado he sido con tus palabras por haber olvidado mis creencias. Mañana, y este plazo tan sólo te concedo, entrarás como mi esclava en el serrallo de grado ó por fuerza. Abandonarás ese mezquino traje y vestirás los velos y blondas que, más trasparentes, realzarán tus encantos. Por hoy sigue siendo dueña del jardín; cuando las tinieblas vuelvan á la azulada esfera, el pabellón que construí para separarte del mundo desaparecerá para que no quede memoria de que fuí débil y humilde con quien me desprecia.

Y pronunciadas estas palabras, volvió furioso la espalda, perdiéndose entre los cenadores que daban acceso á las escaleras del palacio.

María quedó sola. Anonadada con la inmensidad de su desgracia, y ante la amenaza

terrible de su señor, palideció y estuvo á punto de desmayarse. Loca, delirante, pensando en el porvenir que la aguardaba, recorrió desalentada el primoroso jardín, y se detuvo espantada ante una cisterna que, en un ángulo del mismo, recibía las frescas aguas que del puro nacimiento de Alfacar se reparten en la población.

Un horrible pensamiento acudió á su mente; en aquella cristalina bóveda podría terminar su existencia y evitar su esperado martirio; pero sus firmes creencias religiosas lo borraron en un instante, y sacando un escapulario del pecho exclamó:

— ¡Madre de los afligidos, amparadme!

En este momento, un ramo de blancos jazmines, lanzado desde fuera de las tapias que cercaban el huerto, cayó á sus pies.

La sorpresa de la joven fué grande; recogió las flores, y, con inmensa alegría, leyó á los pálidos rayos de la luna un rótulo que en la cinta que lo sujetaba decía: « Mañana, ó muere ó te salva = *Fadrique.* »

V

Pocos días después de la toma de Zahara

se presentó al rico mercader Abem Hafiz un joven morisco solicitando entrar á su servicio. Alegaba conocer la lengua castellana por su madre, de aquel orígen, y que le sería de reconocida utilidad en su comercio. Fué aceptado, y desde entonces los aposentos que aquél ocupaba en la *Casa del Gallo*, y que hoy existe en la antigua parroquia de San Miguel, tuvieron un nuevo huésped.

Jamás hubo un servidor más respetuoso y solícito que el joven, ni menos interesado en aprovecharse de las ventajas que su gallarda presencia lograba sobre las compradoras, que llenaban de zequines las arcas del viejo Hafiz.

Sólo pidió á su dueño un favor: que le informase de lo concerniente al reparto de los cautivos hecho por Muley, y le permitiese montar un caballo árabe que adquiriera por donación del mercader, que cada día apreciaba más sus talentos.

Desde entonces, todas las noches, cuando las estrellas habían andado la mitad de su camino, el joven recorría hasta los más oscuros ámbitos del Albaicín, y, fosco, solitario, reconcentrado en sí mismo, volvía á su casa al asomar los primeros albores de la mañana en las altísimas cumbres de la nevada sierra.

Por fin, una noche logró el colmo de sus esperanzas. Supo lo que tanto anhelaba, y bendijo una vez más al renegado Hassam, que en la casa de sus padres, en las campiñas cordobesas, le enseñara el lenguaje mahometano y las costumbres de sus eternos enemigos.

VI

Han transcurrido las veinticuatro horas que el feroz Salem puso de plazo á la encantadora María.

Dos esclavas nubias se dirigen, por orden de su señor, al pabellón del jardín para ataviarla al estilo musulmán.

María huye. Lágrimas amargas surcan sus sonrosadas mejillas, y en vano les implora que se detengan, pues que la esperanza del billete recibido la alienta: y pasan los momentos, y recorre agitada el jardín, y nadie acude en su auxilio.

— Esclavas, ataviad á la que ha de ser por esta noche no más mi favorita. Mañana será vendida en el mercado público como muestra de lo que merece quien desprecia mi poderío y mis favores.

María no aguardó más. Con pasos precipitados se dirigió á la cisterna, é iba á arrojarse en su seno, cuando una mano poderosa la detuvo. Un moro joven franqueó la tapia del jardín, y murmurando:

— María, he aquí tu Fadrique, —la recibió en sus brazos.

La joven quedó exánime en ellos. Y, cosa extraña, el ramo de jazmines que recibiera la noche anterior, y que guardaba en su albo pecho, cayó en el aljibe, abriéndose paso entre sus ondas. El zegrí acudía á ayudar la tarea de sus esclavas, cuando un vapor blanquecino se elevó de entre las aguas y cubrió como una espesa cortina el ángulo del edificio.

Cuando se disipó, todo había desaparecido. Ni la joven ni su raptor pudieron hallarse, y sólo al día siguiente, alumbrados aún por los rayos del sol que se ponía, una pareja, montada en cansado corcel, penetraba por los montes de Loja.

La Virgen, tantas veces invocada por María, había hecho uno de sus milagros, y los enamorados donceles eran bendecidos al día siguiente en uno de los templos de Antequera.

VII

Nada pudo amenguar el quebranto del indomable Salem. Triste, solo, recorriendo á deshora el jardín, donde se aumentaba su quebranto, únicamente se detenía con miedo ante la cisterna, y llanto de dolor surcaban sus enrojecidas mejillas.

Pero lo maravilloso era que el agua del aljibe, que para él tenía un amargo sabor desde la huída de María, era reputada en el vecindario como de una dulzura exquisita. *Aasalgiab*, ó *cisterna de miel*, fué el nombre con que la bautizaron las doncellas moriscas.

VIII

La tradición, que todo lo conserva, nos ha legado hasta el presente el suceso maravilloso que describimos. Una de las más empinadas calles que, partiendo de la *Cruz Verde*, suben hasta el pintoresco Albaicín, se llama de *María la Miel*, y el *aljibe*, que en una casa-lavadero sitúa al presente al final de la misma, y en el que se descubre un arco y otros restos

de la arquitectura morisca, no se conoce sino por este encantador nombre.

Aasalgiab, ó cisterna dulce, dará sus puras aguas, pasando de generación en generación entre los granadinos como emblema de lo que alcanza un amor constante, á quien un ramo de blancos jazmines presta sus mágicos hechizos.

LA CRUZ DE LA RAUDA [1]

TRADICIÓN

Dice el sabio Abem-Habuz,
que así se ha de guardar el andaluz.

I

Triste noche de Diciembre,
el viento silba con rabia,
y las copas de los árboles
inclinándolas desgaja.
Ni una estrella se divisa
entre las nubes opacas:
las sombras reinan en torno,
oscuras nieblas espantan.
Lluvia que por poco empieza
en turbio aguacero acaba,
y el populoso Albaicín
parece mudo fantasma.
No turba el silencio triste
el eco de voz humana,
ni las patrullas se sienten,
y los *muezzines* callan.

1 Rauda. Panteón árabe que situaba al pie del hoy Cerro de San Miguel.

Es que en las terribles horas
en que la tormenta brama,
las tempestades del cielo
juntando con las del alma,
procura el hombre apenado
soñar en cosas más gratas,
dejando que el cierzo ruja
y que la centella caiga.

—

Razón tienen que les sobra
estos moros de Granada
para sentir honda cuita
en aquellas circunstancias
que reina Muley-Hassén,
y su hijo Boabdil le amarga
los días de su reinado
conspirando en la Alcazaba.
Y el guerrero que se duerme
sin pensar en el mañana,
tal vez se quede sin vida
en fratricida batalla.

—

De pronto el silencio turban
de caballos las pisadas
que suben al trote largo
la cuesta de la Alhacaba.
Dan la seña convenida

á la vigilante guardia,
y sin detenerse más
cruzan la puerta Monaita.
Blancos turbantes ostentan
y rojo albornoz les tapa;
dos son los bravos ginetes
que iguales primero pasan,
el uno en la edad madura,
el otro en la edad temprana.
Les siguen veinte soldados
que airosamente cabalgan,
corta, mas lucida tropa
en sus vestidos y armas.
No muestran temor alguno
en la lobreguez que avanzan:
los cascos de sus caballos
chispas de las piedras sacan.
Corren torcidas callejas,
vienen á la Plaza Larga,
y dejando en su camino
las viviendas á la espalda,
toman del cerro del Sol
la senda más empinada.
A una construcción informe,
de piedras fornida masa,
llegan sin mostrar recelo
y como señores llaman.

Negros esclavos franquean
un portón que el hierro enchapa,
y entonces el más anciano,
con solicitud hidalga
dice al joven:
— Bien venido
sea á mi humilde morada
el alcaide de Moclín,
de mi sangre y de mi raza. —
Saludó el otro cortés,
y alegre el dintel traspasa
como quien lleva en el pecho
una ilusión que le encanta.

—

Mas cuando en estos cumplidos
toda la atencion se embarga,
del colosal edificio
en la colosal fachada,
de un elevado ajimez
se ve colgar una escala.
Brilla una luz tenue y débil,
la niebla un instante rasga.
y ágil, gallardo mancebo
con gran ligereza baja.
Y la vista perspicaz,
si en el caso se fijara,
viera que hermosa doncella

la escala recoge y guarda.
Y tal vez hondo suspiro
y un tierno adiós escuchara,
mientras que llegando al suelo
él, se oculta sin tardanza.
Misterios son de la noche
que al ir despuntando el alba
aclarará con sus luces
estas salidas y entradas.

II

Fuerte y altiva es la torre,
la torre del *Aceituno* [1],
su buen alcaide Farag
la conserva con orgullo.
Centinela de Granada,
guarece en sus fuertes muros
tropa aguerrida y osada
á revueltas y tumultos.
Desde sus anchas almenas,
del sol á los rayos puros,
del campo y de la ciudad
divisa el bello conjunto.
La Alhambra contempla frente,

1 Hoy ermita de San Miguel.

mas no la quiere de escudo;
Farag desprecia el placer
y el batallar es su gusto.
Por eso nunca abandona,
por cortesano saludo,
aquel rincón de su hogar
donde reina y manda adusto.

III

En una estancia adornada
con un primor exquisito
al centro del torreón
del empinado castillo,
que más bien que de un mortal
parece de hadas el nido,
se descubre de una joven
el rostro afable y bellísimo.
Apenas los quince años
tendrá ufana recorridos;
sus ojos son dos luceros,
sus trenzas el oro fino.
Su boca es concha de perlas,
su talle, flexible mirto,
su cuello, copo de nieve,
sus encantos, infinitos.

Es Celia, sol de los soles
de este suelo granadino,
hija del famoso alcaide
que la adora como un niño.
Su única ambición es ella,
mas para su bien solícito,
planes abriga que cree
el realizarlos preciso.
Nubia esclava le franquea
el tapiz, alegre grito
se escucha, y el buen anciano
recibe abrazo tiernísimo.

IV

Muy corta fué la entrevista,
y aunque el cariño la empieza,
palabras duras la cortan,
y las lágrimas se mezclan.
— Es mi voluntad, prorrumpe
Aben Farag, con firmeza;
no se pasará una luna
sin que desposada seas
y el castillo de Moclín
te custodie y te defienda.
Salió de la estancia altivo,
llorando la niña queda;

mas se reponè, que tiene
sangre africana en sus venas.
Llamó á la esclava, unas flores
con unos lazos la entrega,
símbolo de amante cita,
señal de arriesgada empresa.
Más tranquila, al ajimez
con paso rápido llega,
no blanco cendal agita,
es rojo el color que emplea.
Peligro anuncia, y no en vano
este peligro se espera,
que de una huerta frondosa
que está á tiro de ballesta,
otro lienzo, también rojo,
sus pliegues el viento ondea.

—

Gallardo moro es Alí,
tiene valor y nobleza,
mas la suerte le es contraria
y mantener puede apenas
un servidor en su casa
y un potro para la guerra.
Ya le miran con desdén
por razón de su pobreza:
que fué su madre cristiana
también en cara le echan.

Mas como el amor es ciego
y no pára en conveniencias,
en Celia y Alí introdujo
sus más ardientes saetas.
Que se vieron sin testigos
la esclava decir pudiera;
que hubo juramentos dobles
y palabras y promesas,
hasta que ambos corazones
cambiaron de residencia:
el del joven, en la torre;
y el de la niña, en la huerta.

V

Negro tiene su color
y así son los pensamientos
de Tarif, el favorito
de aquel formidable viejo.
Como la astuta serpiente,
para el mal está en acecho,
y aquellos dulces amores
conoce desde hace tiempo.
Pero prudente, los calla,
con fines tal vez siniestros,
pues sufre su corazón
de Celia el hondo desprecio.

Que un ramo de siemprevivas
la entregó de hinojos puesto,
que con signos de desdén
la joven tiró en el suelo.
Siempre viva la venganza
tener juró en sus adentros,
y por desgracia parece
que ya ha llegado el momento.
Mira salir á la esclava,
sus pasos sigue con celo,
y deslizándose oye
la respuesta del mancebo.
Aparte llama al Alcaide
de Moclín, y en ronco acento
le dice:
—¿Saber queréis
el abismo que está en medio
de vuestros amores?
—Sí,
responde airado el guerrero.
— Pues al avanzar la noche,
en la mansión de los muertos,
pues murió vuestra esperanza,
descubriréis el misterio.

VI

En el arranque del monte
donde la torre se halla,
al final del Albaicín
descúbrese inmensa Rauda.
Es árabe panteón
que cercan paredes bajas,
donde punzantes nopales
en las rendijas se engastan.
Todo es triste y solitario
en la mansión de la nada,
y esas tumbas de creyentes
que allí el Paraíso aguardan,
son el miserable polvo
de las grandezas humanas,
que para mayor juguete
febril el viento arrebata.
Vierte entre espesos celajes
la luna su lumbre pálida,
y de la noche transcurre
como la mitad en calma.
Mas llega una leve sombra
en un velo rebujada
que por la pared se inclina,
é inmóvil como una estatua

penetra entre los sepulcros,
y en un ángulo se pára.
Viene por el lado opuesto
otra sombra más gallarda,
y ambos al reconocerse
cruzan ardientes miradas.
Son Celia y el bravo Alí,
que en la aterradora estancia
para tratar de su amor,
sin miedo entre tumbas andan.
— Mi padre quiere que sea,
dice la jóven con lágrimas,
de un guerrero que aborrezco
dentro de poco la esclava.
Y pues amor es la vida,
y quitándolo me mata,
ó tuya, Alí, para siempre.
ó la muerte sin tardanza.
— Encanto y tesoro mío,
prenda cual de nadie amada,
replica el moro, estos sitios
tristeza sólo presagian,
Y pues lograste salir
del recio peligro salva,
vente tranquila á mi hogar
y allí serás la Sultana.
Un talismán nos protege

de mi madre idolatrada;
que ella nuestro amparo sea,
pon en mí tu confianza.

VII

Absortos en sus delirios,
en dos bultos no se fijan
que con paso cauteloso
acercándose venían.
El uno es Tarif, el negro,
que da miedo su sonrisa;
el otro, ceñudo y torvo
el genio del mal le inspira.
Ambos empuñan desnudas
las aceradas gumías,
y hiere, dice el Alcaide,
cuando al grupo se aproximan.
Extiende el negro su brazo,
y asegurando la víctima,
en el costado de Alí
produce mortal herida.
—Madre, murmura el mancebo
cayendo; y con mano fría,
del pecho saca una cruz
y á Celia da con su vida.
Grito ronco, aterrador,

que miedo pone el oirla,
lanza la joven, y corre
saltando despavorida,
Mientras el negro al Alcaide,
á quien ya el terror domina,
dando horrible cuchillada,
—Perece también, le grita,
que la hurí del rostro pálido
ha de ser ó muerta, ó mía.

VIII

Cuando la risueña aurora
sus bellas tintas derrama
y precursora del día
el monte y valle engalana,
el vulgo avisa al Cadí
que llega al punto á la Rauda.
Enfrente el uno del otro
los dos cadáveres halla,
y aunque de tierra los cubre
quiere descubrir la causa.
Arcanos son del amor
y ése sus secretos calla,
pero hay un lúgubre cuadro
de más sensible desgracia.
Celia, la rosa de Oriente,

el lirio de la mañana,
ha perdido la razón
y envuelta en túnica blanca
con un amuleto al cuello,
errante los campos vaga.
Su padre gime en silencio,
y mesándose la barba,
anhela llegue la muerte
que los pesares acaba.

IX

Pasaron siglos: vencido
salió Boabdil de Granada,
y los Católicos Reyes
la enseña de Dios levantan.
El árabe panteón
bendice mano cristiana,
y una cruz tosca de piedra
hacia los cielos se alza.
Pasaron siglos, y aun hoy
del alto cerro en la falda
la misma cruz se descubre
imponente y solitaria.
Y las jóvenes medrosas,
cuando en la noche callada
al aljibe de San Luis

van á surtirse de agua,
afirman que algunas veces
se ve una sombra lejana,
que crece, crece á porfía,
y un ¡ay! doloroso lanza,
perdiéndose en la penumbra,
tras de la Cruz de la Rauda.

LA PIEDRA NEGRA

LEYENDA

I

Corría el año de 1690 á su término, y el intenso frío de Diciembre se dejaba sentir con toda la fuerza de su helado soplo.

Una horrible tempestad se cernía entre las nubes opacas que la noche agrupaba, y el estampido de los truenos, en medio de la lobreguez del horizonte, hacían temblar de miedo á los honrados habitantes del Albaicín, en Granada.

Sólo en una miserable casucha de la placeta del Almez, otro pensamiento que el temor á las iras del cielo preocupaba los ánimos.

Vista por de fuera la vivienda á que nos referimos, sólo indicaba miseria y ruina; y aunque demostraba su orígen árabe en alguna olvidada columna encajonada en sus muros, la incuria de los tiempos y el abandono de sus propietarios la hacían casi completamente inhabitable. Sólo franqueando sus puer-

tas un objeto podría llamar nuestra atención En un patio circular lleno de musgo y escombros, se descubría una losa negra de una dimensión extensa y de un brillo notable.

En ella rebotaba la lluvia sin empañar su superficie; jamás el polvo reposaba en su tersura, y á ninguna clase de cuerpo extraño era permitido descansar sobre su negro mármol.

Un poder sobrenatural se atribuía á la inanimada peña, que, siempre brillante, todo lo rechazaba de sí. El vulgo se había acostumbrado á mirarla con terror, y si algún atrevido, creyendo que cubría un tesoro, había hecho por elevarla, los esfuerzos de multitud de hombres no lograron conseguir ni aun conmoverla en lo más pequeño. Su brillo pasaba por encanto, su pesantez por obra de la magia.

En la época á que nos trasladamos, dos pobres mujeres habitaban solas la casa. Eran abuela y nieta, tejedoras de oficio, y á pesar de ello, miserables como la que más.

Al rededor de unos carbones encendidos, con los que procuraban resguardarse del frío de la noche, las dos mujeres conversaban con la mayor viveza, sin cuidarse de los relámpa-

gos que penetraban por las carcomidas ventanas.

Bella como una rosa la joven, oía con la mayor atención á su compañera, cuyas arrugas denotaban su avanzada edad, mientras algunos rasgos de su fisonomía expresaban el vicio de la avaricia.

— Entiéndelo bien, niña — decía ésta; — esos ruidos tenebrosos que á cierta hora se escuchan van á ser el principio de nuestra felicidad. Solamente por ti quiero aventurarme é interrogar á esas almas del otro mundo, porque no hay duda que lo son, para que nos digan el sitio donde ocultan sus tesoros. Anhelo para ti las riquezas, con el fin de que en vez del burdo corpiño que ciñe tu talle, la seda y el oro te hagan parecer más hermosa que las nobles damas á quienes hoy causas compasión.

— Pero, abuela mía — replicó la joven, — tengo miedo: ¿no veis qué noche tan triste?

— Mejor para los *espíritus;* deja temores inoportunos, y recemos un rosario para cobrar fuerzas en nuestra empresa.

La nieta obedeció, aunque entornando sus hechiceros ojos, y un gran rato pasaron ambas ocupadas no más que de su piadoso ejercicio.

La anciana fué la primera que, abandonando las cuentas, se puso en pie.

Habíale traído el viento las doce campanadas que el reloj de la Chancillería había lanzado al espacio.

Aunque vieja, todavía estaba vigorosa.

— Vamos —dijo á su nieta;— las doce acaban de sonar, y debemos ponernos en acecho.

Aquélla siguió sus pasos.

En un corredorcillo mezquino, la anciana hizo alto, pegó su rugosa cara contra un agujero octógono, desde donde se veía perfectamente el patio. La tormenta se había convertido en lluvia, y heladas gotas azotaban su rostro, que permanecía inmóvil.

La niña, asida á ella, temblaba como la hoja en el árbol, mientras que la vieja parecía querer penetrar el espacio con sus ojillos grises, que brillaban como ascuas.

Pasó media hora en medio de un silencio profundo. Ambas redoblaron su atención y su miedo.

Un ruido sordo conmovió los cimientos de la casa, y, poco á poco, bultos cubiertos con un hábito negro, llevando un cirio amarillo en la mano, fueron poblando el patio, que se aumentaba en proporciones.

Cuando, al parecer, estuvieron todos reunidos, una lucecita brilló sobre la piedra, y en ella encendieron los cirios, que ardían con una fuerza inaudita, á pesar del agua y del viento.

Entonces formaron corro al rededor de la losa negra, y al són de un monótono canto se pusieron á bailar.

Causaba espanto el ver aquellos bultos negros saltar fantásticamente, alumbrados por la amarilla llama de sus velas.

Algunos minutos llevaban de este extraño ejercicio, cuando la piedra empezó á dar señales de movimiento.

Al punto redoblaron su danza, y la losa entonces, alzándose lentamente en el aire, dejó un hueco de la altura de un hombre.

Una escalera de nácar y plata se descubría: el humo de los más ricos perfumes de la Arabia formaba espirales en el patio, y una claridad deslumbrante contrastaba con lo oscuro de la noche.

— ¡Cuántos tesoros debe haber encerrados en ese subterráneo! — decía la abuela, temblando de emoción, á su nieta.

— Escuchemos, madre mía, me muero de espanto — añadió la joven.

Los bultos seguían su baile al són de la pau-

sada salmodia, y ya las amarillas hachas estaban consumidas hasta la mitad.

En el círculo que formaba la piedra, gruesas gotas de cera parecían dibujar en el suelo signos extraños.

De pronto, una música dulcísima se oía acercarse por grados.

Entonces la escalera de nácar dió paso á un joven riquísimamente ataviado, y que deslumbraba, al par que por su hermosura, por los infinitos brillantes de sus vestidos.

Con una sonrisa correspondió al saludo de los enmascarados, que á su vista agitaron las hachas, aunque sin parar sus movimientos.

A seguida el joven, internándose en la oscuridad, se perdió de vista.

Fortuna fué para la niña, que curada de su espanto, había contemplado al del subterráneo más de lo regular.

En cambio la abuela no quitó ojo de su magnífica pedrería.

Ya para las dos mujeres la escena tuvo un doble atractivo.

Pasó una hora; los bultos parecían rendidos de cansancio; mas si por algunos momentos se detenían, la piedra bajaba á colocarse en su puesto. Era preciso continuar. También de

las hachas sólo quedaban por arder algunas pulgadas.

A este punto apareció el mancebo. La tristeza que demostraba su rostro era imponderable.

Colocóse en la escalera, y á modo de despedida pronunció estas palabras con suave acento:

— Gracias, súbditos míos; á vuestras fatigas debo estos momentos de libertad. Alá os lo premie.

La piedra cayó de golpe concluídas que fueron estas frases, y sólo quedó, para enseña de tan misteriosa escena, las gotas de cera amarilla que se desprendieron de las hachas.

Las dos mujeres se retiraron entonces á su dormitorio; ni una palabra cambiaron entre sí, ni una señal de cruz hicieron al ver los azulados relámpagos que penetraban por las rendijas.

Su pensamiento estaba fijo en otros lugares, y absortas en su consecuencia, obraban maquinalmente.

Por fin, al acostarse exclamaron casi á duo:

— Abuela, es preciso que yo éntre en ese subterráneo.

— Nieta, es forzoso que yo saque lo que hay en él.

II

En el patio que ya hemos descrito, y á la misma hora de la siguiente noche en que transcurrieron los anteriores sucesos, se ven dos mujeres.

Son nuestras conocidas, que apresuradamente recogen la cera que desprendieran los hachones.

La anciana ha calculado que, para penetrar en aquel misterioso recinto, será preciso hacer las mismas ceremonias que los encubiertos.

He aquí por qué prosiguen afanosamente en su tarea.

Al cabo de un minucioso trabajo, logran hacer una vela del largo de una vara.

— Todo está corriente — dijo la niña.

— ¿Pero te atreverás á meterte en ese subterráneo caso de que levante la piedra...? Déjame á mí el sitio del peligro.

— Nada de eso, abuela; tengo formada mi resolución. Cogeré la más principal alhaja, y contentándome con ella, no me detendrá la codicia, como si entrarais vos.

— La Virgen te guíe, fué lo único que repuso la anciana.

Ésta encendió la vela y se puso lentamente á bailar al rededor de la piedra.

Sea que la losa tuviese ganas de tomar el aire, ó alguna otra casualidad maravillosa, el hecho es que á las pocas vueltas se elevó á regular altura.

— Ya es la hora, nieta; pero sal pronto, que no confío mucho en mis fuerzas.

— Descuidad — respondió la niña pisando el nácar de la escalera.

Un cuarto de hora había pasado, y los movimientos de la anciana eran cada vez más torpes.

Sólo quedaba de la vela el cabo por arder.

La inquietud de la extraña bailadora era sin límites.

— Nieta mía — exclamó con voz ahogada — la piedra se baja, mis pies no pueden ya sostenerme, y el cirio abrasa mis dedos; sal pronto, hija amada.

— Aguardad un instante, el joven me cuenta su historia, y yo quiero oirla.

— Huye — volvió á repetir la anciana — apenas te queda un claro por donde escapar. Yo no puedo moverme, la vela se apaga. Ven, ven pronto.

— Esperaos — decía la argentina voz de la

muchacha. Os subo un cajón de rubíes y diamantes. También hay oro.

— Maldito sea — murmuró roncamente la vieja. — Déjalo todo, abandona lo más precioso, pero corre, que si no, vas á ser enterrada en vida.

— Ya estoy en la escalera — abuela mía, — pero no veo. ¡Qué horror! ¿Dónde está vuestra luz?

— Nieta, nieta, la piedra va á cubrir el agujero, mi brazo arde en lugar de la vela; pero sal pronto... pronto...

Un grito de espanto fué la única respuesta de la niña.

La losa negra acababa de ocupar su círculo, y la bella joven quedaba sepultada para siempre.

III

Tres días pasaron, y la ronda, á instancia de los vecinos, echó abajo la puerta de la casa.

El miserable ajuar de las dos mujeres estaba intacto, y nada indicaba robo ni violencia.

Sin embargo, las dueñas no parecían. En vano fué el escrupuloso registro que en todo hicieron. Sólo un alguacil, conocido por el *Podenco,* afirmó que el montón de cenizas que

en el patio se hallaban, pertenecían, salvo el parecer del escribano, al cuerpo de la anciana, á quien él, siguiendo inveterada costumbre, tenía por hechicera.

Este aserto dió lugar á que corchetes y vecinas exclamaran tan sólo: ¡ Pobre Rufina! que en resumidas cuentas éste era el nombre de pila de la nieta, y que nosotros decimos, aunque tarde, para conocimiento de nuestros lectores.

Pero por más que los fallos de la justicia son inmutables, y ésta dió la casa por enteramente deshabitada, todos los días, á las doce de la noche, un quejido lastimero ponía en alarma á los desvelados del barrio.

La voz que producía la queja era tan pura y al par tan penetrante, que todos sentían una mezcla de compasión y espanto, que tenía en continuo ejercicio á los dependientes de la Santa Inquisición.

Pero ¡tristes de ellos! Aunque la voz sonaba debajo de la piedra no podían dar con la causa. Eso se quedaba para mis lectores, los que, si hubieran vivido en aquella época, podrían contarme, para que yo lo hiciera á los demás, el cómo fueron los funerales que, por el alma en pena de aquella casa, se costearon por una devota en la iglesia de San Juan de los Reyes.

IV

Algunos meses hace, según me afirma el que ha salido garante de la verdad de este relato, que fué derribada la vivienda en que existía la negra losa, al presente convertido el sitio en inmundo cascajar.

Este importante descubrimiento me ha hecho desistir de la idea que tenía de cargar con la piedra para echarla encima de los atrevidos que dijeren no ser verdad cuanto en las anteriores líneas se contiene.

LA CASA DEL GATO

TRADICIÓN.

I

No hace muchos años todavía que encima de la puerta de entrada de la tan conocida botica de *San Gregorio*, á la subida de la cuesta de este nombre, y en la más empinada, que se llama del Perro, se ostentaba por escudo el más simbólico y extraño logogrifo. En una azulada loseta se descubría en tosco relieve la figura de un gato con un ratoncillo en la boca, que llamaba siempre la atención de los no escasos transeuntes de aquella principal arteria del Albaicín, y cuya mayor parte sonreían á á la vista de la informe escultura. Y más de un extranjero de los que en primavera visitan nuestra ciudad, era llevado por el *intérprete* á que extático contemplase la figura, para tener á seguida pasto abundante con que forjar una tremenda historia á su acompañante. Y que algo significaba, que era emblema, si no digno de ser reproducido por la heráldica, de conservarse para escarmiento de gatos y rato-

nes de *dos pies*, podrá saberlo el lector curioso que guste pasar á la lectura de este capítulo segundo.

II

En los primeros años del reinado de D. Carlos III, vivía en Granada y en la casa que hemos descrito, un receptor de la Chancillería, hombre maduro, aunque vigoroso, y casado con una joven de notable hermosura y un tanto alegre y casquivana. Gustábale más repasar la calle desde sus balcones que los quehaceres de la cocina; y aunque esto disgustaba en extremo á su esposo y señor (que tales eran en aquella época), todo se reducía á algunos disturbios domésticos, aunque sin alterar profundamente la paz del matrimonio.

Sucedió, no obstante, que Lucifer, á quien le achacan siempre que se mezcla en estas cosas, hiciera que nada menos que un señor alcalde del crimen, de los que por allí transitaban para dirigirse al Palacio de la Justicia, reparase en la moza, quedándose perdidamente enamorado.

No es difícil una conquista en mujer amiga de galas y fiestas; el alcalde era famoso sujeto

en músicas y cuchilladas, más de lo que convenía á un sesudo golilla, aunque sin canas; por lo tanto, prendióse el fuego, mandando al receptor, para descargo de conciencia, á las mejores comisiones judiciales, valiéndose para ello de su poderoso influjo.

Así gozaban con tranquilidad su deseo, y mientras nuestro buen hombre andaba por esos trigos de Dios, el alcalde del crimen cometía uno, y no endeble, en su casa.

Tanta comisión consecutiva y tanto provecho no solicitado, hizo que el receptor, que no era lerdo, principiase á concebir sospechas. Preguntó, indagó, y como siempre hay vecinas chismosas y lenguas maldicientes, nuestro curial supo algo de la chusca jugarreta de su costilla y de su inesperado protector.

— Todos los hechos necesitan confirmación — se dijo; — y, por lo tanto, al par que compraba una mula andariega para un viaje que había de ser más largo que de costumbre, preparaba con suma cautela y á escondidas las puertas de su vivienda, para á manera de duende, penetrar sin ser visto hasta en los más ocultos rincones.

Pasaron unos días, y recogido que hubo las reales provisiones para pueblos de la Alpuja-

rra, emprendió la caminata, en efecto, despidiéndose cariñosamente de su consorte.

Pero, astuto y cauteloso, desde el cercano pueblo de Armilla, sin que alma viviente se apercibiera de ello, volvióse paso tras paso á la ciudad, y por consiguiente á su casa.

Las adecuadas llaves ganzúas le franquearon las ya preparadas puertas, y lo que dentro pasara puede imaginárselo el lector. El hecho fué que, á la mañana siguiente, los cuerpos de la infiel esposa y del señorón enamorado fueron encontrados en el lecho del receptor, nadando en torrentes de sangre y atravesados por sendas puñaladas.

Lo que allí anduvieron los corchetes, lo que la ronda de capa tomó de medidas para averiguar el asesino, es imposible de describir; pero nada se supo, pues la casquivana manceba, tomando también sus precauciones para ocultar su extravío, había permitido á la criada fuese con su familia, cerrándose la casa y previniéndole volviese por la mañana á la hora de la compra.

Los gritos y exclamaciones de ésta, al ver que, por más aldabonazos que daba, no acudía su dueña, fueron el comienzo de la causa criminal y el descubrimiento del terrible drama referido.

Dejemos, por lo tanto, que se forme aquélla, y volvamos á nuestro agraviado receptor. Éste, después de haberse vengado tan cumplidamente, y con las mismas precauciones que á la entrada, salió para continuar su viaje, evacuando á satisfacción su cometido.

Pero en vez de volverse á la ciudad, remitió los papeles por conducto de un escribano de cámara, bajo pretexto de hallarse achacoso, y se dirigió en seguida á la Corte.

Ya había llegado allí, y con escándalo, la noticia de lo acaecido al alcalde, muy emparentado con la Grandeza, á la par de ciertas sospechas de culpabilidad para el marido.

No trato éste de dormirse en las pajas, sino que pidió una audiencia particular al Rey, bajo pretexto de una declaración importante en el asunto.

Concedida que fué, y besadas las reales manos, el receptor dijo:

— Señor, un gato que está acechando un ratón que entra en la despensa de su amo para devorar lo más delicado que guarda, y éste lo coge, ¿qué debe hacer?

A lo que contestó el Rey.

— Matarlo para que no vuelva.

Entonces el metafórico receptor hizo una

extensa relación de lo ocurrido, logrando en cambio un amplio indulto exento de cargo alguno, y á más, para escudo de su casa, la figura de un gato con un ratón en la boca, para perpetua memoria del crimen castigado.

III

Salvo los nombres que callamos por prudencia, esta es la tradición verídica que motivó la informe escultura ya descrita, borrada hoy al renovar la fachada del popular establecimiento.

EL ALJIBE DE LA VIEJA

TRADICIÓN.

I

— ¡Qué miedo anoche, comadre María! Apenas recé las ánimas, dí tres vueltas á la llave del portón y tapé las rendijas de la ventana con los restos de mi último zagalejo. Siquiera pude dormirme pensando si el espanto del aljibe se introduciría en mi aposento.

— ¡Cómo ha de ser, Joaquina! Nuestros pecados llaman á voces el enojo celeste, y estamos abocados á presenciar castigos tremendos. Bien lo dice en sus sermones el padre Benito de San Diego.

— ¿Y no dice también el fraile de nuestro convento vecino que no es regular paguen justos por pecadores? —preguntó con voz estentórea y un poco tomada por el vino, un robusto mancebo con visos de soldado.

— Callaos, hereje; más valiera que cuidarais de acepillar vuestro uniforme, que se lleva todas las noches la cal de la ventana de la Dorotea.

— Pues por eso lo digo, santa... mujer. Si no hubiera lenguas maldicientes y ojos que ven visiones, no se escondería mi novia apenas el sol se pone, por miedo á vuestros romances. Pero ya se buscará medio de alentar á las mozas del barrio, y de romper las costillas á las fantasmas y á sus procuradores.

— Insensato, judío — clamaron ambas mujeres — acercándose al joven en ademán de arañarlo.

Y en esto hubiera venido á parar el caso, si los gritos de una porción de muchachos, precursores de la llegada de una anciana, no hubiese interrumpido el poco edificante diálogo.

— ¡Que lo cuente, que lo cuente! La tía Salvadorica lo ha visto — exclamaban las voces infantiles del concurso.

— Diga cuanto sepa — madre Salvadora, — añadieron las mozuelas que venían sirviéndola de escolta.

Ea pues, voy á complaceros — respondió parándose en medio del ya formado corro; — dejadme me siente en esta piedra, que recuerda mis primeros años, y hagamos la señal de la cruz para que el espíritu maligno no se goce en ver cómo nos espantan los srtiunfos desus inicuas artimaña.

II

Pero antes digamos al lector dónde ocurre esta escena. Alumbrada por un sol de Mayo, tal como brilla en la poética Granada, la placeta del *Mentidero* del antiguo *Albaicín* ostentaba aún en el año 1640 algunos restos del esplendor de aquel populoso barrio. Oíase el monótono ruido de los telares donde se tejían las famosas cintas recibidas con tanto aprecio en América, y las festivas coplas de los trabajadores, la vista de las mujeres haciendo sus faenas en los portales de sus entreabiertas moradas, y el humo del hogar que en tranquilas espirales se elevaba á las nubes, dando un aspecto de alegría y bienestar al cuadro de aquellos pasados tiempos, cuyo contraste puede formar el curioso que recorra hoy los ya descritos lugares.

Reposó un momento la Salvadora, y notando que la concurrencia estaba pendiente de sus labios, con voz agradable, aunque temblona, dijo así:

III

— Recordaréis que ayer hizo un año que murió la poseedora de aquel huertecillo que

da frente á ese pequeño callejón que conduce al escondido aljibe. La pobre María Tomillo no gozaba de la mejor reputación. Sin familia, avarienta y nada devota, todo su afecto lo cifraba en el huerto, cuyos frutales cuidaba con un esmero sin límites, y defendía furiosa de los ataques de toda esa turba que me escucha. Más de una de vuestras frentes conserva recuerdos de los guijarros que os arrojaba, y algún que otro cuerpo no quedó con hueso sano al caer precipitadamente de las tapias que franqueara en mal hora. Sobre todos los árboles, una enorme y copuda higuera gozaba de su mayor predilección. Cada vez que, al madurar el sabroso fruto, las manos profanas de los muchachos del barrio cogían uno de aquellos amarillentos higos, la Tomillo prorrumpía en horribles blasfemias, y su furor no conocía límites. Muchas veces, el señor alcalde de barrio tuvo que apaciguar hondas querellas entre los vecinos, y la época de la madurez de los higos era tan notada como un principio de guerra civil. ¡Y lo que pueden las malas pasiones, queridos míos!—añadió la narradora; — afirman que la María, en un acceso de cólera, al saber que Toñuelo, el hijo del sacristán, que marchó de arcabucero á los

tercios reales, le había cogido lo más preciado del fruto, ofreció su alma al diablo con tal de que hechizara el árbol, y nadie pudiese saciar en él sus apetitos.

— ¡Qué horror! — exclamaron todos con espanto.

— Pues no paró en eso — continuó la Salvadora. — Lucifer debió escuchar las súplicas de la mala hembra, pues desde entonces la higuera, cuya frondosidad aumentaba cubriendo la fresca cisterna, no se vió privada de ninguno de sus retoños, pues si algún rapazuelo cogía el más blando y amarillento higo, lo arrojaba al saborearlo, como si hubiese probado el rejalgar. Y la Tomillo, en vez de enfurecerse como antes, se reía irónicamente é invitaba á los aficionados, que huían presurosos del ya no envidiado festín. Y es más: hasta la sombra de la higuera encantada producía tan malos efectos, que quien se guarecía en ella, adquiría una enfermedad desconocida; y quien la contemplaba, divisaba en su penumbra trasgos y fantasmas que flotaban en confuso remolino.

Se sucedían las estaciones; el fruto se conservaba íntegro, y la dueña, cada vez más fosca y horrible, pasaba horas enteras admi-

rándolo. Murió, como sabéis, hace un año, en aquella noche medrosa en que el viento hizo voltear por sí sólo las campanas de nuestra parroquia; y por más que se le haya querido echar tierra al asunto, el cuerpo de la desventurada María voló al ser conducida al cementerio.

— Por eso dicen que aparece en el huerto; por eso no se puede asomar ninguna á sus ventanas apenas la noche se apodera de estos contornos — añadió una colorada mozuela, que como una estatua había estado escuchando á la narradora.

— A eso voy, Ritilla — replicó aquélla; — y ahora entra lo más grave de este espinoso asunto. Bien os consta que, armada de mi escapulario, no temo á los ángeles caídos, y que mi curiosidad también es de las que necesitan satisfacerse.

— Ahí llaman, — interrumpió el soldado, que al principio se manifestara tan incrédulo.

La mirada que le arrojó el auditorio fué tan significativa, que calló, y la anciana prosiguió diciendo:

— Hace tres noches, me propuse averiguar la verdadera causa de los rugidos y lamentos que se oían sobre el aljibe. Eran las doce; me

asomé á la ventana que domina el huerto, y cuando terminaron las últimas campanadas de la Vela, una sombra de mujer, parecida á la Tomillo, brotó, por decirlo así, de la boca de la cisterna, y, columpiándose en el aire, dando agudos chillidos, empezó á dar vueltas, de un modo que mareaba, al rededor de la higuera, que como por encanto se cubría de sazonado fruto. A poco, otras sombras fueron apareciendo; después otras, todas leves, vaporosas, con rostro humano, y semejanzas á ya difuntos moradores de este barrio, que, formando círculo con el árbol, alargaban sus brazos á recoger las dádivas de la poseedora de la heredad. Redoblé mi cuidado, y aquellos presentes eran magníficos: unos higos eran de oro, otros de piedras preciosas, y los más diminutos con que brindaba á las sombras más pequeñuelas, deberían ser de dulce, según el ansia con que los acogían los más afortunados. Después, cuando todos parecían satisfechos, la sombra primera empezó un monótono canto, y sus compañeras bailaban girando en torno del encantado árbol, primero pausada, luégo con una rapidez desconocida. Y así continuaron su locura hasta los primeros albores de la mañana, en que la sombra de la Tomillo

se convirtió de repente en una espantosa lechuza, que, dando un aterrador graznido, se hundió en el aljibe, mientras las restantes sombras, transformándose en feos pajarracos de agudo pico, embestían al árbol, que semejaba lanzar hondos gemidos, desapareciendo luégo por el mismo sitio que su funesta precursora.

Yo cerré la ventana medio muerta de susto, y ahí tenéis explicado el ruido que se escucha por las noches, y las visiones que la que deja la luz encendida contempla á través de los agujeros de su vivienda, para perder la dulce tranquilidad del sueño.

Calló la tía Salvadora; los concurrentes se marcharon medrosos á pesar del sol, y únicamente el aprendiz de soldado guiñó á tres de sus camaradas, y se dirigieron presurosos á la taberna.

IV

La noche del día en que se verificó la narración al aire libre, como á las once y media de la misma, cuatro bultos se dirigían á la estrecha calleja que desde las *Cuestecillas* conduce á la placeta del Aljibe. Ni luna ni estre-

llas se divisaban en la celeste bóveda, pues nubes opacas cubrian el espacio, y ningún ruido turbaba el silencio de aquel medroso contorno.

Colocados enfrente de la boca del acueducto los cuatro bultos, que eran Antón el soldado y sus tres camaradas, con paso no muy seguro entornaron la espesa celosía que resguardaba el agujero, poniendo una enorme tranca apoyada en la tierra como para doble seguridad.

— Ahora veremos por dónde sale la Tomillo, y quién es el guapo que pone en consternación al vecindario — dijo el soldado hablando quedo á sus compañeros; — al menor golpe que sintamos, manos á las espadas, y hagamos el conjuro con tajos y reveses.

— Conformes, Antón — contestó el de más edad; — pero fortalezcamos el estómago con una docena de tragos, que es una receta de gran valía contra los espantos.

— Pero es señal de poco valor — le dijo otro de los jayanes, que se apoyaba en una descomunal espada.

— Ya veremos cuando llegue la ocasión, señor guapo — le contestó el primero, — aunque la noche se pone tan oscura que no se verá el color de tu rostro.

— Silencio — replicó Antón; — pongámonos en esta esquina, que se acerca el momento.

Las tinieblas se aumentaban por grados; un tenue rumor empezó á dejarse oir dentro del aljibe; y al extinguirse el eco de una campanada de la iglesia cercana, un golpe duro resonó en la celosía.

— ¿Qué suena? — se preguntaban temblando los ya acobardados mancebos. ¿No decías, Antón, que era mentira lo que se cuenta, ó nos has traído á que nos lleven las brujas?

No estaba más tranquilo Antón; y sin responderles nada les ofreció la bota, de la que sorbieron un crecido trago.

A los dos minutos, otro golpe más fuerte se hizo oir; apareció una luz pequeña, pero brillante, y una mano de esqueleto se filtró, por decirlo así, por entre los claros de la madera; quitó la tranca, y prolongándose de un modo horrible aquel huesudo brazo, llegó al esquinazo en donde estaban muertos de miedo los cuatro valentones, y les sacudió la más tremenda paliza que se puede imaginar. Al menos así lo contaban al día siguiente al maese barbero que fué á gobernarles los desperfectos de las espaldas, por más que algunos malicio-

sos suponían que aquellos cardenales y chichones eran producidos por las caídas que dieron á impulsos del temor y de los vapores del mosto, en la desenfrenada carrera que tuvo por término el empedrado de la Plaza Larga.

V

Corrieron los tiempos; la Iglesia tomó cartas en el negocio; se exorcizó la finca, que, al pasar á distinto poseedor, cortó y deshizo el arbolado, y se prohibió, bajo pena de excomunión, hablar de aquellos maleficios; pero la Salvadora, con sus gestos, insistía en sus afirmaciones, y la tradición pasó como moneda corriente entre el vulgo, que, al mirar anualmente retoñar la siempre en balde arrancada higuera, decían en voz baja:

— Por mucho que trabajen, el alma condenada de María Tomillo estará dando sus encantados frutos hasta la consumación de los siglos.

VI

Nosotros no podemos salir garantes de la verdad de este cuento; pero el incrédulo lector

puede subir al sitio indicado, y en una limpia placeta, formada por las tapias de los huertos que la rodean, en el frente principal, descubrirán un fresco receptáculo de clarísima agua, con su medio punto árabe, su losa de piedra de Sierra Elvira, que desde tiempo inmemorial es conocido con el gráfico nombre de *El Aljibe de la Vieja*, donde aun hoy mismo las jóvenes despreocupadas van con sus relucientes cántaros á las altas horas de la noche á esperar se presente la sombra que refiere la tradición, repartiendo sus higos de oro.

LA BUÑOLERA [1]

TRADICIÓN

I

¡Estrella de la ventura,
nermosísima sultana
que entre flores adormida
te despiertas perfumada
á purificar el seno
en los ríos que te bañan!
Encanto del Occidente,
dulce, hechicera Granada,
nido para ruiseñores,
paraíso de las almas,
sol de hermosura radiante,
¿qué nube tu luz apaga?
¿Por qué en las guzlas moriscas
las doncellas africanas
no relatan sus amores
en sus mansiones veladas?
¿Por qué el guerrero islamita
no corre toros y cañas,

1 Este romance ha sido premiado en el Certamen del Casino literario de Granada, en el año de 1877.

y sólo en las calles suenan
desgarradoras palabras?
Claro lo dijo el santón
cuando la rota de Alhama:
«honda desgracia te envuelve,
noche de pavor te amaga.»
Un lucero más brillante,
á quien tinieblas no embargan,
asoma resplandeciente
para consuelo de España.
Tiene en sus rayos la fe,
es su luz toda esperanza,
la senda alumbra del cielo,
la vida inmortal prepara.
Por eso ya del Profeta
la bandera no se alza,
que la cruz del Redentor,
siete siglos profanada,
ha de brillar para siempre
en las almenas arábigas.

II

En un ángulo pequeño
formado por dos esquinas,
junto á un antiguo pilar
que hay en la calle de Elvira,

se ve una tienda, que guarda
la soldadesca morisca.
Las talas que hace el cristiano
en la vega granadina
producen hambre en la plebe,
que ruge indignada, y grita
cuando los almoravides
la rechazan con sus picas.
Dispuso el cadí tornar
la antigua buñolería
en un despacho de panes
por cuenta de la justicia,
y es de ver la multitud,
á quien luchas intestinas
quebrantan más que la guerra,
dirigir sus invectivas
á dos esclavos que venden
la anhelada mercancía.
Mas también hay en el grupo
otros que curiosos miran,
no el blanco pan que descubren,
sino la faz peregrina
de Zaida la buñolera,
que indiferente y altiva
tras el ancho mostrador
reclinada se divisa.
Marco es el negro cabello

de una frente peregrina,
en cuyo rostro, los ojos
son dos estrellas que brillan,
y á cada paso que mueve,
ó á una mirada benigna,
produce la admiración
en la apiñada morisma.
Es muy hermosa la joven;
huérfana, apenas nacida,
no ha conseguido Himeneo
hacerla sentir sus cuitas.
Ni seducciones la vencen,
ni la impele la codicia;
á todos responde igual,
indiferente y altiva.
Por eso los amadores
desdeñados de la esquiva
recuerdan cierto guerrero
de linaje y valentía
que en la rota del Zenete
afirman perdió la vida;
y en vano los más tenaces
le cantan trovas sentidas,
que aunque sonríe la mora,
es de hielo su sonrisa.
Y ellos se cansan en vano,
y ella reparte solícita

buñuelos por la mañana,
y pan al ponerse el día.
Aquel en que de esta historia
se hace relación sucinta,
sordos, terribles murmullos
de miles bocas salían.
El bravo Muza, el apoyo
de la corte nazarita,
volvió corriendo á los muros
ante el león de Castilla.
Los peones africanos,
gente floja, tornadiza,
abandonaron el campo
á la primer embestida.
Y la flor de los muslimes,
la noble caballería,
las márgenes del Genil
dejó con su sangre tintas.
Por eso la plebe ruge
y amotinada se indigna,
que hambre y penas que se juntan
son terribles enemigas.
Y al ver que pasa Boabdil
con luciente comitiva,
con magníficos caballos
y con joyas exquisitas,
el lujo con su miseria

doblemente les irrita.
Es el *Zogoibi*, que en vano
quiere vencer la porfía
de la sultana Moraima
que en el Albaicín habita
llorando duelos de honor
y de su esposo ofendida.
Por eso ya no le aclaman,
y redoblando sus iras,
acometen á la tienda
y el motín se formaliza.
— Muera el tirano, prorrumpen.
— Pan á nuestros hijos, chillan,
y no hay valla que los tenga
ni lanza que los resista.

—

Suspenso queda Boabdil,
la rienda al corcel estira;
y — ¡paso! — dicen los nubios
que en los estribos se empinan.
De pronto cruza una flecha
de oculto sitio salida,
y el pecho del buen Gazul
parte del rey á la vista,
mientras invaden las llamas
la antigua buñolería.
— Villanos, — dice Abdalláh,

y sobre el arzón se inclina
desenvainando el alfanje,
lo que sus siervos imitan.
Y carga como una fiera
á la plebe enfurecida,
llevando tras el caballo
de la muerte la cuchilla.
Su débil pueblo destroza;
mas la sedición domina,
y ebrio de sangre y de cólera
á la Alhambra se retira,
mientras *Macer el Alime,*
menospreciando la vida,
« ¡ Ay de Granada, vocea;
tus hijos causan tu ruina! »

. . . . . .

Cerró la noche: las sombras
la triste ciudad cobijan,
y el silencio de la muerte
todo lo apaga y domina.
Sólo en cerrada litera
dos esclavos conducían,
desmayada y sin aliento,
á la hechicera morisca,
á librarla de tumultos
en una torre vecina.

III

A dos leguas de la última
corte de los musulmanes,
una ciudad se levanta
como por mágico arte.
No la defienden almenas
ni fuertes inexpugnables:
débiles lienzos la ciñen
y un foso en poco le vale.
Pero dentro á su recinto
hay varones admirables
que la enseña de la Cruz
tienen en sus estandartes.
Es el Real de Santa Fe,
asombro de las edades,
construído para muestra
de la voluntad constante
de expulsar á la morisma
de su último baluarte.

—

En una tienda espaciosa
con dos coronas reales,
y guardada por *Continuos*
de esclarecido linaje,
entre multitud de damas

y de bulliciosos pajes,
que juntos, y en apacible
conversación se distraen,
una señora á quien cubre
rico, mas severo traje,
con toquilla en la cabeza
y bellísimo semblante,
conversa con un guerrero
de noble y gentil imagen.
Ciñe luciente armadura,
fuerte espada al cinto trae,
que es encanto en los salones
y terror en los combates.
Ella es la reina Isabel
la Católica, la grande,
el orgullo de Castilla,
del pueblo la dulce madre,
la que á Colón dió sus joyas,
ganando un mundo en el canje,
y él es el noble Gonzalo
de Córdoba, el bravo alcaide
que en Illora sus blasones
supo poner arrogante;
el que ganará en Calabria
los laureles á millares,
y por el *Gran Capitán*
será conocido en Nápoles.

IV

— Cuéntame, buen caballero,
le dice la Reina afable.
Ese espía que interroga
mi real esposo, ¿qué hace?
— Señora, el rey Don Fernando,
que es político envidiable,
por revueltas en Granada
más que por batallas arde.
— Gonzalo, tu juventud
te dispensa de esas frases;
un buen rey debe guardar
de sus vasallos la sangre,
y si á Boabdil sus desgracias
le obligaran á entregarse,
como un milagro divino
yo lo recibiera, alcaide.
— Hay leones en Castilla...
— Y hay en Africa chacales,
que no olvido la *Ajarquía*,
sepulcro de tanto mártir.
Mas el renegado...
— Cuenta
que en esta pasada tarde

estalló un motín horrible
sin temor ni al rey ni á nadie.
Dice que no quieren guerra
los jeques más principales,
y que en dando un nuevo asalto...
— Eso, Gonzalo, lo añades.
— Gran señora, estoy corrido
de que otro valiente entrase
antes que yo.
— Fué Pulgar;
y con la empresa admirable
de nuestra Virgen María,
así emulacion no cabe.
— Siempre lleváis la razón.
— ¿Y ese tumulto, en qué calle?
— En la de Elvira, señora;
y aquella plebe inconstante,
tras de silbar á su rey,
llegaron á apedrearle.
Después, la buñolería
sufrió sus rudos embates,
y á la bellísima mora
la condujeron exánime.
— ¿Es esa la que cautiva
el pecho de cien amantes?
— Por ella sé que riñeron
dos jefes almogavares.

— ¿ La conoces ?
— No la vi;
mas la fama se complace
en celebrar su primor,
su limpieza y su donaire.
— Cosa de tal perfección
quisiera ver en mis reales.
— Pues os juro por Santiago,
que de enemigos me guarde,
que mañana á vuestras plantas
la he de traer á postrarse.

—

Quedó atónita la Reina,
ya pesarosa del lance,
y — os niego el permiso, — dice;
me haréis la guardia esta tarde.
Saludó el buen Capitán
con rostro alegre, inclinándose,
mientras su libro de rezo
tomó la reina al marcharse.

V

La noche, que es conveniente
á temerarias empresas,
á la moderna ciudad

envuelve con sus tinieblas.
A dos bultos se descubre
en una lejana tienda;
gran trabajo les ocupa
muy penosa es su tarea.
Una marlota se pone
el de más noble presencia,
y un turbante azul oscuro
con él su frente rodea.
Corvo alfanje damasquino
de la cintura se cuelga.
y en el brillador escudo
no se ve mote ni empresa.
Parece que se disfraza
quien tantos detalles precia
y en la castellana corte
viste la insignia agarena.

—

— Así consigáis, señor,
lo que tanto el pecho anhela,
como llevarme de guía
en este lance debierais.
— Mucho te agradezco, amigo,
tan valerosas ofertas;
mas solo marcharme debo,
que así el honor me lo ordena.
Esto responde Gonzalo

con voz tranquila y risueña
al guerrerro que le sirve,
que ser árabe demuestra.
Cautivo del gran Maestre
de Calatrava, obtuviera
con su conversión á Dios
libertad la más completa,
y de él recoge el de Córdoba
cuantas noticias desea,
á fin de salir airoso
para cumplir su promesa.
Es Juan, el nuevo cristiano,
primo de Zaida la bella,
y aun guarda un lazo de amor
que en mal hora recibiera.
El triste Amet cayó herido
del Zenete en la refriega,
y esperando su rescate
en las castellanas tierras,
le suplicó, si escapaba,
ser el nuncio de sus penas.
Tan valïoso presente
para ocasión tan extrema,
ufano Juan y gozoso
al digno señor lo entrega,
y — Dios os conduzca, — añade,
— y sano y triunfante os vuelva.

A poco, á brillar la aurora
con leves tintas empieza;
cabalga airoso Gonzalo,
su faz el sosiego muestra,
coge la pica, y al potro
arrima entrambas espuelas.

VI

Hacia la puerta de Elvira
gallardo jinete corre;
los guardias le dejan paso,
que es muy airoso su porte.
Por un caudillo alavés
no es extraño que le tomen,
porque de blanco y azul
lleva revueltos colores.
Él, sin cuidarse de nada,
sigue su camino al trote:
no hay alazán más brioso,
no hay caballero más noble.
Frente del pilar se para,
y frente á la tienda, en donde
de ese popular tumulto
aun las señas se conocen.
No hay tropas, que el escarmiento

se ve en la sangre que aun corre;
sólo Zaida y los esclavos
su mercancía disponen.
En arábigo aljamiado
y en alta voz, sin temores,
le dice á la buñolera
el jinete estas razones:

—

— Huri de azulados ojos
y angélicos resplandores,
dime si por tu ventura
este lazo reconoces.
Lo alarga, y quedó la mora
de tanto júbilo inmóvil.
— Es del bien del alma mía,
contesta alegre la joven.
— Pues mensajero de amor,
que me sigas, lo dispone;
sube á la grupa, y al punto
busquemos otro horizonte.

—

A una pregunta tan ruda,
ruborosa no responde;
mas el amor es audaz:
¡ quién reflexiona en amores!
Entró adentro, toma un velo,
en su albornoz se recoge,
y á los brazos de Gonzalo

pasa sin más dilaciones.
Ya en el corcel, muy ufano
coloca á su prenda dócil,
cuando un renegado llega
y al punto al héroe conoce.
Contemplándole en la calle
de espanto se llena el hombre.
— ¡Socorro! grita; el cristiano
ya nuestra ciudad recorre.
Acuden muchos jinetes
á tan descompuestas voces;
el bravo cierra entre ellos
y con su lanza los rompe
— Yo soy Gonzalo, les dice;
afuera, canalla torpe,
y ante su nombre enmudecen
y ante sus ímpetus corren.

—

Ya, bien hiriendo ó matando
los que delante se ponen,
gana el Beiro, con la mora
bien sujeta en los arzones;
y cumplidor de su dicho,
al real se dirige entonces,
reflejando en su armadura
del puro sol los fulgores.

—

VII

A la inmortal Reconquista,
donde páginas tan bellas
escribió para su gloria
la castellana nobleza,
quiso el ilustre Gonzalo,
según tradición nos cuenta,
añadir la heroica hazaña
de *Zaida la buñolera.*

EL ARCO DE LAS MONJAS

TRADICIÓN.

I

El día 1.° de Noviembre del año 1700 falleció el rey D. Carlos II, á quien denominan *El Hechizado* las crónicas, concluyendo con este soberano la dominación de la casa de Austria. Una guerra desastrosa y sangrienta afligió á la nación española, puesto que, no dejando sucesores, instituyó, por su testamento de 2 de Octubre, como heredero del trono al Duque de Anjou, Felipe de Borbón, hijo segundo del Delfín de Francia.

Proclamado en Fontainebleau, y entrado en Madrid en 14 de Abril de 1701, la célebre frase de su abuelo, *ya no hay Pirineos*, por poco no convierte á nuestra patria en una inmensa ruina.

La alianza formada por las naciones del Norte para sostener el derecho del Archiduque de Austria, hizo que ejércitos invasores ocuparan este fértil suelo, regado con sangre ge-

nerosa doce años, hasta que la paz de Utrecht afirmó por rey al que desde entonces pudo tranquilamente llamarse Felipe V.

Aunque fuera Cataluña el foco principal de los descontentos, también las provincias andaluzas contaban con partidarios de la causa austriaca, y en Granada no dejó de haberlos que conspiraban con empuje para lograr el triunfo de su pretendiente.

Uno de aquellos sucesos aislados, pero que se relaciona con el estado en que por aquel entonces se encontraba España, es lo que motiva la tradición de que nos vamos á ocupar.

II

La noche del 6 de Marzo de 1705, en un antiguo caserón de la calle de los Toribios de la entonces parroquia de San Miguel, un observador hubiera podido notar que por la oscura puerta del mencionado edificio penetraban más individuos de los que parecían habitarla, y que, á pesar de las precauciones por estos tomadas, en su áspero empedrado resonaba ruido de espuelas y choque de aceradas tizonas.

En efecto, el que se hubiera colocado en un

ángulo de un tortuoso cenador cuyos arcos sostenían gruesas columnas, hubiera podido contemplar la escena que allí se representaba.

Una claveteada puerta daba acceso á una extensa cuanto húmeda sala, á la que un farol colgado en el centro prestaba la débil luz; y con el picaporte sujeto, un fornido mozo, con más trazas de soldado que de artesano, aunque de ellos vestía el traje, hacía las veces de portero, afirmando sus razones con empuñar un ancho cuchillo que le colgaba de la cintura. Expuesto hubiera sido penetrar en el recinto sin dar muestras de ser conocido de su guardián. Pero amigos serían los que en la aventura tomaban parte, cuando ni uno solo dejó de conseguir su objeto.

— España por el Archiduque — decían.

— Adelante — era la respuesta del guardador.

Y así, transcurrido apenas un cuarto de hora, la sala se pobló de hombres de todas edades y condiciones, que fueron alineándose contra las paredes, y que guardaron el más profundo silencio al sonar dos palmadas, como signo de antemano convenido.

Entonces, de uno de los pilarotes del fondo se destacaron, hasta colocarse en medio, dos

bizarros caballeros cubiertos de negras capas, sombrero y plumas de igual color, quienes, saludando á la concurrencia, y después de de dirigir interrogadoras miradas al rededor, el más anciano usó de la palabra en esta forma:

— Beltrán, ¿estamos todos? — preguntó.

— Todos, señor — respondió acercándose el portero.

— Pues que nadie penetre, y cumple con tu deber — añadió despidiéndole con la mano.

Beltrán salió y el caballero anciano repuso:

—Ante todo, señores y compañeros, voy á honrarme presentándoos al noble vizconde de Cardona, que, con los poderes de la Junta barcelonesa, viene á impetrar nuestra ayuda y á secundar los esfuerzos de los adeptos al legítimo Rey.

— Y á triunfar ó morir con mis amigos andaluces — replicó con marcado acento catalán el vizconde.

Estas frases y su gallarda apostura le granjearon desde el momento las mayores simpatías, y todas las manos estrecharon amistosamente las suyas.

— Se trata de grandes sacrificios — dijo el anciano, reanudando su interrumpida plática.

— Debemos cumplir como hidalgos lo que

prometimos á nuestro Rey. Hora es todavía de arrepentirse los que duden, y de separarse los que no estén prontos á sacrificarlo todo á sus compromisos.

— España por D. Carlos de Austria — fué la respuesta unánime que obtuvo el ilustre caballero.

— Pues bien — continuó; — es preciso secundar el movimiento iniciado en las demás provincias. Si solos nada podemos hacer, al menos que nuestra ciudad esté dignamente representada por dos compañías que sostengamos á nuestras expensas. Mañana, á la misma hora y en este sitio, cada uno de vosotros, en pliego sellado con sus armas, hará constar el donativo en metálico que ofrece y los hombres armados de que dispone. La causa de la legitimidad es la de Dios; Él nos guíe. Antes que tolerar que Francia haga su esclava á la nación que ganó la batalla de Pavía y trajo prisionero á su rey Francisco, derramemos, si es preciso, la última gota de nuestra sangre.

Un viva prolongado acogió estas palabras; y con alguna más cautela que á la entrada, se fué disolviendo la reunión en cortos momentos. Sólo quedaron los últimos el caballero anciano, el vizconde catalán y un apuesto jo-

ven de elevada estatura y simpática fisonomía.

— Vizconde — dijo el primero — servíos hacer presente á mi señor Archiduque que si D. Alvaro de Cárdenas no puede asistirle personalmente, como deseara, en razón de sus años y de sus achaques, le manda acompañándoos la prenda más querida de su corazón, el hijo único que el cielo me ha concedido, el sucesor de mi nombre y de mis mayorazgos.

El joven, al escuchar estas palabras, se descubrió pausadamente y besó la mano de su padre, que le abrazó vertiendo abundantes lágrimas.

— Don Luis — repuso el Vizconde — no quiero demorar la feliz nueva del entusiasta recibimiento que he tenido en esta ciudad. Tomaréis la posta esta madrugada, y entregaréis los pliegos que os confío al Virrey por S. M. en las provincias del Norte.

Pronunciadas estas frases, los tres salieron, y el guardián echó las llaves á la sala y después á la maciza puerta de la calle.

No bien habría subido á las habitaciones altas el fornido cancerbero, cuando en el lugar que pasó la escena ya descrita se entreabrió una de las desvencijadas tablas que formaban

la techumbre, y una cabeza de aspecto siniestro se asomó por el agujero.

— Se han marchado — exclamó en voz baja.

— ¿Tomaste apuntación de sus nombres? — le respondieron desde más adentro del entabacado.

— Todos los conservo en la memoria.

— Pues marchemos á la Chancillería á participar nuestro descubrimiento.

A poco hubieran podido verse dos bultos salir cautelosamente por un tragaluz que daba al tejado de la casa contigua, y de allí, saltantando azoteas, perderse en uno de los edificios de frente á la parroquia de San José.

III

Contra la consigna dada, la noche del siguiente día no apareció alma viviente á penetrar en el edificio de la calle de los Toribios. La soledad más espantosa reinaba en sus ámbitos, y sólo profundos gemidos se escuchaban en una de sus habitaciones.

Dos mujeres lloraban amargamente. Eran la madre y esposa de Beltrán, el que presentamos como guardián de la puerta, y á quien

al sonar las oraciones se habían llevado preso y amordazado seis corchetes, puestos á las órdenes de un alcalde del crimen.

También en diversos barrios de la ciudad se habían verificado prisiones de personas de importancia; y en una hospedería de la Plaza Nueva, la de un título catalán y la de su secretario.

Aunque en aquella época esos negocios, que se llamaban de Estado, se hacían con especial sigilo, la alarma cundió por Granada, y familias enteras acudieron á informarse del paradero de alguno de sus individuos, y á impetrar clemencia de los severos togados, que se hacían sordos á toda clase de súplicas.

Sólo se supo que los calabozos de la Real Audiencia estaban llenos de presos, y que el Corregidor, con el Sr. Presidente, que asumía la jurisdicción militar y la civil, dirigían por sí mismos el proceso.

IV

Dos semanas después, los madrugadores vecinos del Albaicín corrían horrorizados á meterse en sus habitaciones, y tenían razón para

ello. Un espectáculo terrible se presentaba ante sus ojos. Del acueducto llamado *Arco de las Monjas*, que sirve para conducir las aguas al convento de Santa Isabel, situado en la sombría calleja al Norte del grandioso edificio, pendían de siete escarpias, fijadas en el muro, otros tantos cadáveres, cinco con trajes de hidalgos y dos con el de villanos, cobijando á todos un cartelón donde en gruesos caracteres se leían estas frases: *Por reos de lesa Majestad.*

Entre ellos estaba el del buen caballero don Alvaro, los del vizconde y su criado, el del fiel Raimundo Beltrán, y otros cuyos nombres no debemos consignar. Cuatro alguaciles custodiaban aquella venganza, más bien que aquella justicia; y cuando á la noche los hermanos de Paz y Caridad recogieron los cuerpos de los ajusticiados para darles sepultura, creyeron escuchar una voz fatídica que, desde un alto torreón, lamentaba las discordias de la patria, maldiciendo á sus autores.

Y desde entonces afirmaba el vulgo, que no osaba pisar el triste callejón, que á las altas horas de la noche ocurrían en aquel lugar espantosas apariciones, que sombras fantásticas poblaban el paraje lanzando gemidos al viento, y que algunos años después, cuando se

trabó la célebre batalla de Almansa, un enorme buho aparecía al sonar la campanada de la una, subido en el robusto torreón que domina el arco. Y no faltó supersticioso que atribuyera al pájaro agorero ser el alma en pena de D. Luis de Cárdenas, que murió en el citado combate sin lograr el triunfo de la causa por que se sacrificara su familia.

V

Han pasado cerca de dos siglos. Yace casi olvidada la tradición que relatamos; pero el sitio conserva todo el horror que en los primeros tiempos; y aun el que lo ocurrido ignore, no podrá recorrerlo sin experimentar un sentimiento de tristeza.

Venid conmigo: estamos en la placeta de San Miguel el Bajo; el colosal Crucifijo de piedra que en ella se ostenta, empieza á preocupar el ánimo. Entremos por la callejuela del *Gallo de viento*. A su final principia el tortuoso y solitario callejón que á la izquierda da entrada á unos cármenes, y á quien las altas y ya ruinosas paredes del convento privan del sol por la derecha. En la segunda vuelta

aparece el sombrío acueducto. El alma se apena al contemplarlo y la imaginación se transporta á otro mundo ideal. Dirigiendo la vista por el mismo lado, se ven restos de la muralla que desde la puerta Monaita corría á los castillos de la Alcazaba, y aun se conserva el vetusto torreón que los domina. Un corpulento almés, como por magia, brota engastado entre las desnudas piedras; y para completar el desolado cuadro, un funerario ciprés cobija y se mece sobre la cubierta del Arco de las Monjas. Si las sombras de la noche perfilan el paisaje, si la campana de la cercana parroquia hace oir sus ecos, entonces, no dudadlo, por un involuntario movimiento se eriza el cabello y el miedo se apodera del más valeroso, que, sin mirar, como si fuese á aplastarle, franquea el espacio, sube corriendo la pendiente del tercero de los callejones, y sólo respira con algún descuido al encontrarse en la placeta del *Aljibe del Rey*.

Y quedan más solitarios aquellos lugares, y el buho lanza sus tristes graznidos, y tal vez empiezan entonces á comparecer los fantasmas, á los que nunca hemos tratado de examinar.

EL ESTANQUE ENCANTADO

CUENTO

I

—Flor modesta, niña pura, que en la primavera de tus hermosos años más te agradan los sensibles cuentos de la infancia que el deslumbrante brillo del mundo: oye mi narración, y placentera recibe esta memoria que dedico á tu virtud y donosura.

II

Así decía una abuela á su nieta.

III

Eran los tiempos del santo rey D. Fernando el Católico.

Los de aquella bendita reina Doña Isabel I, por cuya eterna gloria rezamos todos los días, y á cuyo nombre todos los buenos españoles se descubren con respeto.

Granada, el último baluarte de la morisca gente, había sucumbido al valor de los leones castellanos, y el invicto conde de Tendilla se-

lló la conquista enarbolando la bandera de la Cruz en la torre más elevada de la Alhambra.

Boabdil, con la muerte en el corazón, se despidió de nuestros Reyes, á quienes no supo resistir, y fuése á los arenales de Africa, después de haber llorado su edén perdido en el *Suspiro del Moro*.

Por entonces, la confusión más grande reinaba en la ciudad; los vencidos reunían á toda prisa sus tesoros y armas para trasladarlos á la tierra de donde vinieron sus mayores; y los cristianos repartían el terreno conquistado, estableciendo el verdadero Dios en la mezquita profana, y sentando sus lares en los abandonados edificios de los moriscos.

Tal era, hija mía, el estado á que se encontraba reducida nuestra patria.

Oye ahora cómo ocurrió la historia por que tanto interés demuestras.

IV

Uno de los escuderos del maestre de Santiago, el más fornido de puños, y que, ajeno á todo espanto, cerraba por medio de las huestes musulmanas, hiriéndolas con su lanzón, lo era el ya no joven Martín Lozano.

Hombre animoso y leal, gozaba de toda la confianza de sus capitanes, que más de una vez le vieran á su lado en lo más recio de la pelea.

Esta circunstancia, y el deseo de recompensar en algún modo sus hechos de armas, motivaron que el buen Martín fuese separado del grueso del ejército, quedando como uno de los veteranos guardadores de las fortalezas conquistadas.

Ya estaba el hombre en sus glorias: una vida más pacífica, y lugar para echar un trago de vez en cuando, al contar alguna hazaña, por supuesto, no verificada, son cosas que el soldado quiere más que á las niñas de sus ojos.

Pero este escudero, á pesar de ello, tenía mucho de suspicaz; bien entendido, nieta, que le sobraba para ello razón.

Habíale quedado, como memoria de sus amores, una hija de quince abriles, de negros ojos, de poblados rizos, de tez morena, y tan graciosa y esbelta, que era imposible verla sin desear no separarse de su lado.

Llamábase María.

Educada con una vieja regañona, parienta del Lozano, la hermosa niña se desconsolaba

á las nuevas de cada batalla, temiendo siempre por la vida de su padre; pero éste se las gobernaba de manera que escapaba ileso, y nunca faltaba además alguna cadena de pesantez reconocida, ó alguna rica presea, que entregar á la querida de su corazón, cuando después del combate se apresuraba á darle el beso paternal. Al menos, esto hacía más tolerable las manchas de sangre que ostentaba su armadura.

Con la conquista de la última ciudad musulmana, las cosas habían variado de aspecto. Ya concluyeron los mandobles y cuchilladas y el despojo de los vencidos; ya no había que temer algaradas ni sorpresas, ni que andar trasnochando, ni que sufrir soles ó lluvias.

Una época de tranquilidad se sucedía á otra de trabajos. Era necesario pensar en establecerse. Martín Lozano pensó mucho el cómo y dónde lo había de verificar.

Al fin, después de recorrida toda la población, encontró lo que buscaba en una de las callejas que desembocan en la plaza Larga del entonces populoso barrio del Albaicín. Era un alojamiento sencillo, pero de maciza puerta y alta y enrejada ventana; cualidad muy apetecida de los padres que tenían hijas casade-

ras; pues aunque la Mariquita, á pesar de su hermosura y risueña edad, y de ser más buscada que mina de oro por los galanes, nunca escuchó sus amorosos devaneos; no obstante, Martín afirmaba que aquella habitación le convenía por todos estilos.

Pero ¡oh falta de previsión paternal! Puerta, reja y anciana parienta, todo estaba muy bien dispuesto; pero ¿y un ventanillo, por donde recibía la luz la cocina, y que lindaba nada menos que con el jardín de un gran palacio?

V

La casa á que nos referimos, construída junto á la de nuestra hermosa María, estuvo habitada por uno de los moros más ricos de las Alpujarras.

Veíase en ella desplegado todo el lujo oriental, en la verdadera acepción de la palabra, y su dueño, Abén-Munuza, pasaba antes de la entrega de la ciudad por uno de los nobles zegríes más considerados en la corte. Pero después de vencidos los musulmanes, los más extraordinarios rumores circularon acerca del palacio y de su dueño. Murmuraban los unos

que había recogido sus inmensas riquezas y esclavos para marchar en seguimiento de su Rey, y afirmaban los otros que se había escondido dentro de los muros, valiéndose de no sé qué artes y encantamientos.

Así es que la verdad se convirtió en un misterio para todos. Por más que indagó la Inquisición, por más que rondaron los alcaldes de corte, y por más que el vulgo forjó sus comentarios, el hecho es que las puertas permanecieron cerradas, y que empezaron á circular *malas voces* acerca del edificio.

Nada de eso importaba á su nuevo vecino, quien daba poco crédito á otros cuentos que no fueran los suyos, y que además tenía para conjurar á los renegados una fortísima espada que tan divinamente blandiera en la sorpresa de la Zubia.

Varias semanas transcurrieron después de la instalación del viejo Martín en su nuevo albergue, y el escudero aseguraba que la ventura y la tranquilidad se habían aposentado en su alrededor.

Todos los domingos llevaba á la iglesia á su hechicera María, orgulloso de verla atraerse las miradas de nobles y plebeyos; y después de un corto paseo por aquellas vistosas

alturas, la encerraba otra vez, y allí se estaba, ínterin los sonidos de las campanas no anunciaban otro día festivo.

Pero has de saber, nieta mía, que cuando una joven se mete en su habitación y está poco amiga de brujulear tras de las celosías, ó de hacer ejercicio después de arreglados los quehaceres domésticos, es, sin duda alguna, porque tiene entre sus cuatro paredes otra cosa que más la entretenga y que absorba todas sus atenciones.

Nada de esto comprendía Lozano, que lo achacaba á virtud de su hija, y mucho menos la parienta, á quien la sordera había reducido á la clase de estatua.

Mas préstame atención y te enterarás de la causa de los desvelos de Mariquita.

VI

Una noche del lozano Abril, en la que juguetona la brisa penetrara más fuerte de lo que debiera hasta el lecho de María, se despertó halagada por tan hechicero frescor, y sin encomendarse á nadie, y cobijada ligeramente, quiso descubrir por qué la luna iluminaba con tintas plateadas su habitación. Entreabrió los

postigos de la ventana, y solitaria la calle, sólo repetía á lo lejos las monótonas pisadas de las patrullas. El silencio y la oscuridad son dos compañeros que, transportando la mente á regiones más encantadoras, perturban el espíritu y son una base segura para las creencias maravillosas.

Mariquita creyó escuchar entre las brisas y los rumores nocturnos una voz suave que murmuraba una amorosa cantinela. Puso atento el oído, y más se persuadió que los sonidos no eran ilusiones de su fantasía. ¿Cómo volver á conciliar el sueño después de este descubrimiento? No digo á su edad, sino aunque la vejez se ostentara en su rostro, ninguna que gaste faldas es capaz de recogerse sin haber antes practicado la más minuciosa indagatoria.

Recorrió á tientas toda la casa la curiosa niña, y únicamente observó que donde se percibían los sones más distintos era á través del mencionado tragaluz. ¿Qué será? ¿Qué no será? Mariquita estaba hecha un mar de confusiones. Por fin, decidida á escudriñar hasta el último rincón, subióse con ayuda de un banquillo, y dirigió una mirada á los jardines del palacio.

¡Qué espectáculo tan misterioso y sorprendente!

Iluminado por las estrellas que reflejaban sus cambiantes en sus aguas, se notaba entre los cuadros de flores un primoroso estanque, en cuyo centro se elevaba una figura de esmerada construcción, de mármol blanco, y que representaba el genio de aquellos parajes.

Multitud de pececillos de todos colores saltaban entre las linfas cristalinas, que una ondulación extraña agitaba, como si estuvieran sujetas al influjo de los mares.

Estos rápidos giros, la refracción de la luz en las corrientes, las medias tintas que formaba la luna al pasar sus rayos por entre las hojas de los árboles, hacían de aquel paisaje un espectáculo fantástico que halagaba la imaginación y los sentidos.

Confusa, deslumbrada, permaneció Mariquita unos cortos momentos, hasta que, sin poder contener su curiosidad, asomó su gentil cabeza por el ventanillo.

Al instante, la voz dejó de repetir sus acentos, y un silencio profundo reinó en torno del jardín. Ni una hoja movieron las plantas, ni un eco produjo el viento en aquellos contornos, ni un leve murmullo dejaron esca-

par aquellas corrientes, antes tan bullidoras.

Parecía que aquella naturaleza se había petrificado. Unicamente, la marmórea figura hizo un movimiento como para colocarse frente á frente de la curiosa joven.

Esta se retiró al momento del tragaluz, saltando de la banqueta que colocara para encaramarse; y con miedo y pesar se retiró á su habitación.

Mariquita no pudo conciliar otra vez el sueño. Aquella voz melodiosa resonaba en sus oídos, y una sensación inexplicable se apoderaba de toda su imaginación. Dudaba al principio si aquellas visiones eran producto de algún embriagador letargo, ó si el destino le presentaba una imagen precursora de sus amores. — ¿Quién sabe? se decía: ese jardín encantador, ese estanque tan maravilloso, deben pertenecer á un príncipe... Pero ¡oh Dios! ¿Y si fueran ciertas las noticias que circulan sobre ese palacio? Mi perdición es segura.

Y la niña se echaba á llorar amargamente, confundida ante tan encontradas emociones.

Sin embargo, nada quiso decir á su padre de lo que le aconteciera aquella noche, antes bien, procuró disimular su sobresalto; y como si tal cosa, se presentó por la mañana á

recibir el cariñoso beso del autor de sus días.

Ni el círculo enrojecido de sus ojos, ni el continuo suspirar de María, llamó la atención de éste, que era incapaz de sospechar que tuviera su hija secretos que ocultarle.

En esa ansiedad terrible del que aguarda, pasaban las horas para la joven, ya anhelando que las sombras se apoderaran del firmamento, ya pálida y aterrada ante el recuerdo de su delirio.

Por la tarde recibió un nuevo desengaño. Llevada de su precipitada curiosidad, que todas las mujeres lo somos, y mucho, nieta mía, cogió las vueltas de su guardiana y se encaminó al ventanillo. ¡Qué contraste! El jardín presentaba el aspecto del más lamentable descuido, como finca sin dueño; los árboles, desgajados, barrían la tierra, y las glorietas y las parras desquiciaban las paredes á impulso de sus desvencijadas armaduras. Aquel estanque, tan mágico á los rayos de la luna, presentaba la imagen de una charca, sin estatua y sin pintados habitadores. Doquiera, esparcidos, trozos de piedra estorbaban el paso, ó tiestos que habían contenido flores y hoy encerraban turbia agua llovediza. ¡Que cambio tan cruel para los ojos de María! Encontrarse

el materialismo más grosero donde se aguardaba un mundo ideal, es una sensación demasiado fuerte para el pecho de una débil mujer.

De nuevo el llanto bañó sus mejillas, y á duras penas pudo disimularlo al sentir la llegada de su padre.

Martín Lozano traía pintada en su rostro la expresión del más grande contento. Un su amigo, camarada de sus tercios, guerreador como él, acababa de heredar de una lejana parienta nada menos que una anchurosa granja y gran número de aranzadas en las fértiles campiñas cordobesas. Le había convidado á pasar la correspondiente temporada en su nuevo dominio; y como además tenía el compañero un hijo único, mozo alegre y aprendiz de soldado, que, si pobre hasta entonces, no era conveniente para el santo vínculo, ya rico, Martín no se opondría á recibirlo por yerno; todo hacía combinar al anciano un plan útil que redoblaba su alegría. Unase á esto que, al venir ocupado de estos castillos en el aire, tropezó con un bulto sospechoso, que, parado enfrente de su casa, estaba en ademán de ronda, y que al sentir la fuerte y vigorosa interjección del escudero, huyó sin duda conocien-

do su valentía, y podremos calcular si eran estos ó no motivos para estar un hombre satisfecho.

—Bien; los mochuelos huyen cuando aparece la luz de una hoja de Toledo — dijo al entrar Lozano, soltando la capa y el chambergo. — Tus ojos, María, tienen trastornadas todas las cabezas del barrio; y á guisa de fantasmas, nunca se ve libre de bultos nuestra puerta.

— ¿Por que dices eso, padre mío? — le respondió abrazándole la joven; — no me he separado de esta habitación.

— Seguro lo tengo, que en tu cabeza hay más juicio que en una docena de predicadores; pero los mozalbetes son gente bulliciosa y amiga de calle; ¡ja, ja! Qué paso llevaba el que me dió el encontrón; ya saben los bríos que le quedan á este viejo combatiente.

— ¿Habeis reñido? — preguntó la niña con inquietud.

— Todo al contrario, y ni causas habia para verificarlo. No es esta noche de las que mi ánimo se halla como en los días sin paga; estoy contento, y el contemplar tu porvenir es quien me proporciona esa satisfacción.

— ¿El mío...?

— Sí, alégrate; pronto echaremos un viajecillo: ¿que tal?

Ningún eco satisfactorio produjo este pensamiento en sus interlocutores. La vieja parienta era enemiga de todo lo que fuera moverse; y así que le explicaron el proyecto, estuvo á punto de querer embestir á su autor. En cuanto á la niña, juzga por tu corazón si hubiera aceptado con gusto abandonar una casa, germen de tanto acontecimiento.

Así es que no obtuvo ninguna respuesta.

— ¿No complace la idea que he propuesto? — preguntó Martín — ¡Ah, picaruela! Si supieses que en nuestra caminata ha de haber un acompañamiento de música, y que el pespunteador del instrumento será nada menos que Lucas, quizás arrugaras menos el entrecejo.

La fisonomía de la joven se cubrió de una mortal palidez.

El padre continuó sin notarlo.

— No lo digo porque tú hayas reparado que no es mala prenda el tal mancebo, sino porque cuando dos padres hablan, y cuando el rancio de *Peligros* media..., en fin, yo me entiendo. María, apoyo de mis canas, ya tienes en qué pensar esta noche; trata ahora de disponernos la colación.

Y el escudero, satisfecho altamente de sí mismo, prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

Pasemos por alto la cena; dejemos á un lado los proyectos del alegre Martín, y transportémonos, nieta, á esas horas de la noche en que silba sosegadamente la lechuza en las cúpulas de las torres, en que el sueño embarga la naturaleza, y en que ruidos misteriosos asustan á las jóvenes que cavilan más de lo justo en las palabras de sus amantes.

VII

Tenemos á María asomada segunda vez al tragaluz. Fuerza irresistible la lleva, sin duda, á aquel, para ella doloroso sitio.

Y no hay remedio: sus ojos extraviados denotan el trastorno de su mente, y sus desordenados rizos y el desarreglo de su atavío marcan las fatigas del insomnio.

Apenas no escuchó ruido á sus alrededores, la niña abandonó el lecho, y sin poder contenerse se dirigió adonde la llamaba la voz íntima de su alma.

¡Doble asombro! El jardín pudiera llamarse de las maravillas.

Figuras extrañas, envueltas en blancas túnicas, recorrían su espacio, y á su presencia la misma hermosura y fertilidad que la noche antes volvió á ostentarse. Parecía que las hadas tocaban aquellas derruidas paredes con su varita mágica, ó que efectivamente un genio caprichoso moraba entre las flores, disponiendo á su antojo de las maravillas de la Creación.

A su vista, la hija del escudero olvidó las palabras que tanto la inquietaban; y absorta en comtemplar el jardín, se le figuró que la voz seductora volvió á repetir sus sonidos.

En efecto, los acordes de una guzla vibraron en el espacio, y se dejó oir la siguiente canción:

Paloma sin ventura
que yaces escondida,
¿por qué de tu hermosura
no ostentas el fulgor?
Ufana el vuelo tiende,
y alumbre de tu vida
la luz que se desprende
de un tierno puro amor.

Las mejillas de Mariquita se ruborizaron al escuchar aquellas palabras.

¿Qué secreto instinto le hacía presumir que se dirigían á ella?

La voz continuó su canto:

El ave en la pradera
ostenta sus colores,
y libre y placentera
su nido hace en redor.
La rosa al aura envía
sus mágicos olores;
y sólo el alma mía
se oprime de dolor.

No cabía duda: la aludida era la joven, y á su presente estado se dirigían los melodiosos acentos.

¿Pero quién los lanzaba?

¿Qué sér extraño llenaba su alma de misteriosas emociones...?

El canto dejó de oirse, y un estremecimiento indefinible conmovió las aguas del estanque: la estatua de mármol giró sobre sí misma, y adelantándose hacia el borde del receptáculo, fué poco á poco hundiéndose en las aguas.

María se quedó atónita ante aquellas transformaciones. Pero ¡cuál no fué su asombro, al descubrir bajo la ventana un gallardo moro que, envuelto en un rico albornoz y ceñida la cabeza con un blanco turbante, le dijo:

— Bien haya la nazarena que escucha en

el silencio de la noche los cantares del desgraciado. Los ojos de la cristiana son dos soles, cuyos rayos han penetrado en mi corazón. Ella es la hurí prometida al verdadero creyente, y yo la amo con todo el sentimiento de mi pecho, donde no cabe la mentira.

La joven no pudo soportar este nuevo prodigio. Medio desvanecida, abandonó el tragaluz; y confusa, asustada, huyó en busca de su habitación, como si la imagen del moro, que tan agradable le fuera, le siguiese aún murmurando sus amorosas palabras.

. . . . . .

Ponte, nieta mía, en su caso, y juzga del miedo, de la confusión que te acometieran.

Pero no fué eso tan sólo lo que había de suceder en aquella prodigiosa noche.

Cuando Mariquita entró en su cuarto, otra música se dejaba escuchar en la calle. Aunque diferente de la del jardín, la niña, por uno de esos movimientos instintivos, ó tal vez por falta de aire que respirar, abrió los postigos de su elevada celosía.

Apenas lo hubo hecho, un ramo de flores penetró por el claro y cayó á sus pies. Sin darle lugar á recogerlo, un confuso rumor de golpes y quejidos sucedió al alegre són de las gui-

tarras, acompañado de la voz de Lucas, que murmuraba de lejos, y en són de huída, los más terribles juramentos.

Después la soledad volvió á reinar en aquellos contornos, y cuando los alguaciles se presentaron, únicamente encontraron los desmenuzados restos de los instrumentos músicos.

VIII

A la mañana siguiente todo era trastorno y confusión en la casa de Martín. Avisado por su amigo de que necesitaba hablarle, salió en su busca, volviendo á las dos horas con el gesto más airado y aterrador que cabe en un antiguo escudero.

Por primera vez en su vida reconvino á María; le explicó que Lucas guardaba en sus espaldas señales de las iras de un rival, que el pago de su galantería en querer festejar á la presunta esposa fuera una granizada de golpes, y que, por último, su honra como padre estaba interesada en descubrir este misterio y en evitar que las puertas de su casa fueran intervenidas por la justicia.

La joven temblaba ante tan inusitadas palabras. ¿Cómo responder el nombre de otro

amante, que su padre le exigía, si aunque guardaba su agradable recuerdo en el fondo de su alma, ignoraba todo lo demás?

Por tanto, el diálogo entre ambos fué de corta duración. Previnole el enojado autor de sus días que no saliera de su morada, mientras él tomaría las oportunas disposiciones para evitar los escándalos de la noche.

Así fué; embozado hasta los ojos y armado de su más fuerte acero, Martín Lozano, llevándose la llave de la puerta, se puso en acecho en la calleja inmediata, guarecido por las tinieblas.

Medida inútil: semejantes precauciones por fuera no lograban intimidar al enemigo, que se hallaba por dentro.

Antes que llegara la primera hora del siguiente día, la hermosa doncella, sin atender las prescripciones de su padre, y movida por un poder irresistible, se dirigió al ventanillo del jardín.

Aunque delicioso como siempre, creyó notar en su espacio un tinte de tristeza. No se escuchaba la agradable voz, ni el murmullo de las aguas, ni el sonido del céfiro en las flores.

Mariquita derramó una lágrima y lanzó un suspiro. Entonces volvió á repetirse la escena

de la móvil figura. El mármol, animándose, cruzó el lago, y á pocos momentos se descubría al pie de la ventana la figura del enamorado musulmán.

El primer movimiento de la niña fué el de una afectuosa compasión.

— Retiraos — le dijo precipitadamente; — mi padre vela todos vuestros pasos, y sus iras son temibles.

En su encantadora inocencia, la joven no recordaba cuán imposible era lo que decía.

— Tranquilízate, luz de mi alma — contestó el mozo, cuyo semblante reveló el mayor contento por la inquietud que demostrara la niña; — ¿qué causa tuviera tu padre para oponerse á la felicidad de dos corazones?

— Ignoro quién sois — replicó María toda trémula; — sé que hago mal en hablaros; me causa miedo este jardín; pero, no obstante, no puedo prescindir de ello. Habéis turbado mi sosiego y el de mi casa. Decid: ¿qué motivo os impulsa á hacerme derramar lágrimas desde que mi indiscreta curiosidad me trajo á este sitio?

— ¿Yo causarte pena, bien mío, cuando tu presencia ha regenerado mi sér, cuando á tu vista he conocido el verdadero amor, esa sen-

sación dulcísima que ahora me sostiene? ¿Quién soy...? ¡Oh! Llegará el día en que te revele mi origen, y no tendrás que avergonzarte de haberme escuchado.

— Pero aun cuando así fuera... ¿qué causa los prodigios que tanto conmueven mi imaginación en este palacio? Vos sois de distinta religión, y yo soy cristiana; antes morir que abandonar la fe de mis mayores.

— Niña que has logrado cautivar á quien nunca ocuparon otros proyectos que los de ambición ó venganza: óyeme, y después, si tu alma se abre al soplo de esa pasión que me domina, acepta mi cariño y respóndeme que amas.

Mi familia atravesó los mares y se estableció en las fértiles cuanto escarpadas lomas de las Alpujarras. Bib-Leujar no nos viera felices y contentos, siendo bendecida por Alá la unión de mis padres, por el nacimiento de un varón. Ese fuí yo. Pero ¡desgraciado! A los pocos meses murió la para mí más tierna y mejor de las madres, y la querida y única esposa del autor de mis días. Entonces abandonamos el país, dirigiéndonos á Granada, por ver si encontraba consuelo el que experimentara tan funesta pérdida. Todo inútil. Las guerras ci-

viles que devoraban á los moriscos, ocuparon por un momento no más la atención de mi padre. Sólo el asesinato de los abencerrajes hízole despertar de su letargo, y entonces, mal avenido con las ambiciones de sus amigos los zegríes, marchó á la guerra para oponer su alfanje á la destrucción que el cristiano sembraba donde quiera en nuestras campiñas. La batalla de Lucena causó su muerte; y fiel á su patria y á su rey, sucumbió peleando, la cabeza acribillada de heridas, roto el escudo y traspasada la armadura.

Quedé huérfano, rico, joven y halagado del monarca, que trataba de pagarme con su amistad la adhesión de mi padre.

La guerra estaba en su mayor apogeo. Los castellanos edificaban su Santa Fe, y los jinetes granadinos, á las órdenes de Munuza, apenas podíamos rechazar tantas y tan terribles arremetidas.

De día y de noche, los más crueles pensamientos é ideas de venganza acometían mi cerebro, y la imagen pálida de mi padre se presentaba en mis sueños animándome á combatir. No descansé un momento, y puedo asegurar he cumplido como corresponde á un buen musulmán.

Hechas las capitulaciones, entregada la última perla por un rey que no supo morir al pie de sus murallas, mis odios se aumentaron más si cabe, y he trabajado mucho, he derramado mucho oro, y he concebido proyectos que habían de estremecer la granadina tierra.

Pero una mañana vi tu hermosura al entrar en el templo de mis enemigos, y una sensación inexplicable se apoderó de mi sér. Vibró en el corazón otro sentimiento más dulce, y las ilusiones germinaron impelidas por el soplo divino del amor. Seguí tus pasos, recurrí á los cantos de mi país para lograr tu atención, y cuando, impelida del deseo, tus hechiceros ojos lanzaron su luz radiante por esa estrecha ventana, la felicidad inundó mi alma, y olvidé mis planes, mi venganza y mis dolores.

Esto es todo. Ya conoces mi vida pasada; tú eres el porvenir de la que me resta.

No sé qué sucederá en adelante; pero sí presagio que de ti depende toda mi esperanza. Ahora, pues, responde á lo que al principio te preguntara: ¿me amas, María?

Calló el mozo, y dos lágrimas rodaron por las mejillas de la joven.

— Quien quiera que seáis — le contestó, —

vos que profesáis tan distinta religión á la mía; vos que tenéis mi imaginación extraviada con un poderoso encanto, oíd lo que únicamente puedo repetiros. Además del inmenso abismo que nos separa, mi padre, á quien amo y venero, trata de disponer de mi mano en favor del hijo de uno de sus antiguos camaradas. Tal vez no seáis extraño al escándalo de la noche anterior, y ya os he dicho que, celoso de su honra, vela por la tranquilidad de su morada, puede vernos, y no quiero aumentar sus disgustos.

Una sonrisa imperceptible pasó por los labios de Abén-Munuza.

— Es fuerza que hablemos con toda la sinceridad de pechos en donde no cabe la mentira, y dejemos á un lado temores que no pueden inquietarnos. Amor es lo que te pido, María; ese tesoro inagotable de dicha que guarda la mujer cristiana, esa fe purísima que se concentra en un objeto, que vive de sus emociones, como la luna de los rayos del sol. Respóndeme, pues, niña; bien entendido que serás la única que estarás á mi lado, y para quien guardaré toda consideración, todo el cariño de que es capaz un caballero musulmán.

La turbación más indescriptible se había apoderado del ánimo de la joven. ¿Cómo responder á la categórica pregunta del mancebo?

La pedía amor, y amor sentía la bella Mariquita; pero ¿qué joven honrada responde y puede darse cuenta á sí misma en una noche de tan encontradas emociones?

Por último, rompió el silencio y le dijo:

— No volveré á veros, porque mi religión y mi padre se oponen á ese desconocido sentimiento que puede ser grato á mi corazón. Si fuerais cristiano, si lograrais el apoyo de mi familia, no tendría para vos ni el más pequeño desdén, porque os amo.

Y apenas murmuradas casi ininteligiblemente estas últimas palabras, María, como avergonzada de sí misma, dejó la ventana y fuése á su habitación.

Abén-Munuza comprendió á la joven, y mientras ella se retiraba, él añadió:

— Tus deseos serán cumplidos. Si una funesta ceguedad me arrastra, culpa será de mi destino. Tu amor es para mí más grande que mi Dios, más anhelado que mi patria...

Pero ¿qué hizo exclamar á la joven un comprimido grito de asombro, al atravesar el corredor que conduce á su cuarto?

Nada menos que el descubrir á su padre vestido como al dirigirse á la calle, y acostado en su lecho durmiendo profundamente.

¿Quién le había conducido? ¿Por dónde había penetrado, si en las puertas no se observaba ni el más pequeño movimiento? ¿Cómo abandonó él, centinela tan cumplido, el puesto de que tan voluntariamente se encargara?

María se colocó á su lado, y entonces pudo entender que decía satisfactoriamente entre sueños:

—Es un valiente... ¡Pícaro vinillo el de la taberna del Colorado...!

La joven se arrodilló ante una imagen de nuestra Santa Vírgen y rezó una larga oración para que le diese fuerzas con que soportar tantos terribles sucesos.

Juzga, por lo tanto, nieta mía, á cuántos peligros no se hallan expuestas las jóvenes que, sin meditar detenidamente, se enamoran.

IX

Tres días pasaron, en los cuales María estuvo bastante enferma; su padre no se había separado de junto á su lecho, y el buen hombre se desvanecía en conjeturas para adivinar

la causa de que su hija padeciera tan fuertes delirios.

Aseguraba el doctor que era un mal de espíritu, contra el que nada podían sus drogas, y el mismo Lozano no acertaba á explicarse los misterios de la noche de centinela. Atribuía á que su cabeza no pudo resistir cierto vaso de vino añejo tomado por vía de precaución contra el rocío el haberse retirado á dormir á pierna suelta. Mas aunque esto fuera, ¿cómo la llave y el cerrojo se encontraban intactos, cual si hubiese entrado, no por la puerta, sino por el cañón de la chimenea?

A pesar de su conocido valor, iba creyendo en que su antes tan celebrada casa tenía en su recinto *los malos*.

El cuarto día sintió la joven algún alivio en su agitado cerebro.

Quiso por la noche aspirar las suaves brisas de la primavera, y en uno de los cortos instantes que se halló sola entreabrió levemente los postigos de su ventana.

Un objeto colocado por afuera pendía de sus hierros.

Era un pequeño ramo de olorosas y simbólicas flores, unidas por una cinta de seda, de la que pendía un pergamino.

María luchó entre arrojarlo ó recogerlo, mas al cabo optó por lo último.

A la luz de la lámpara leyó con grande emoción lo siguiente:

«La ausencia del bien querido no puede soportarla mi pecho fiel; mi vida son tus miradas. He de morir por amarte...»

Aquello era una especie de fascinación ejercida en la joven. ¿Cómo separar del pensamiento una idea que se reproducía á todas horas y en tan diferentes aspectos?

Y ella, á pesar de todo, sentía un vivísimo placer en estos recuerdos, tanto, que enajenada llevó las flores repetidas veces á sus labios, hasta que un grito de alegría, dado en la calle, la hizo conocer había sido vista su acción.

Entonces, con rapidez, cerró herméticamente las hojas del postigo; ocultó el ramillete bajo la almohada, á tiempo que entraba su padre, en cuyos brazos cayó desvanecida.

Tal vez la dicha que sintiera ante aquella memoria del querido musulmán, ó lo que es más probable, los salutíferos y medicinales perfumes que encerrara el ramo, produjeron el efecto más maravilloso en la joven; tanto, que á otro día se levantó curada, sin que

apenas indicase su rostro señales de sus pasados sufrimientos.

Al llegar á esta parte del cuento, la nieta interrumpió por primera vez á su abuela replicándole:

—Entonces no será tan malo para la salud, como decís, el estar las niñas enamoradas.

X

La situación de los misterios de los amadores está á punto de despejarse.

Restablecida María de sus dolencias, no faltó ni una sola noche en presentarse en el ventanillo, entablando largas pláticas con su extraño adorador. Muchas veces la aurora aparecía en la esfera, y á sus trémulos albores se daban los dos jóvenes el último adiós, cambiando dulces miradas que rebosaban felicidad y placer.

Constante la niña en sus primeras intenciones, sólo respondía al moro que, para ser amado, necesitaba abjurar de sus errores religiosos. Y aquella alma endurecida, alimentada no más con los anhelos de la venganza y la ambición, sentía poco á poco entibiarse el fuego de las malas pasiones con el bálsamo

consolador que derramaban las palabras de María.

Una noche, en que el misterioso jardín estaba más seductor que nunca, y que las aguas del encantado lago se movían voluptuosas con un plácido murmullo; una noche, en que la fascinación más sensible se apoderaba de los dos amantes, pidió Abén-Munuza á la joven una prenda suya que llevar siempre al lado del corazón, como amuleto de ventura, como divisa de sus amores.

Una repentina idea cruzó por la mente de la niña al contestar á la demanda.

—Tomad—le dijo;—voy á complaceros. Mi adorada madre me puso al nacer este relicario que recibiera de la suya, y es mi mayor alhaja, mi prenda de más valía. Para recibirla, juradme por la sagrada Virgen que os haréis católico, que yo como cristiana os aseguro mi eterno amor. Basta de estos misterios que preocupan mis sentidos, que, si no los comprendo, sé al menos que sólo por malas artes puede animarse el mármol, y murmurar ruidos indefinibles las aguas y las flores.

Abén nada contestó. Se hallaba sumido en la meditación más profunda. El sacrificio que se le exigía era inmenso. No obstante, la lucha

no podía ser duradera. Elevó los ojos al cielo, recibió la joya que temblando le alargaba María, y le respondió con una voz clara y convincente:

—Tu Dios será el mío, como es tuyo mi amor.

El milagro estaba casi realizado; la regeneración iba á verificarse.

La enamorada joven se separó alegremente de Abén-Munuza después de las más fieles protestas.

Pero le estaba reservado aún agotar algunos días de amargura.

Lucas, aquel celebre mancebo que tan caras prendas sacaba de sus rondas nocturnas, insistió, á pesar de los pesares, en su papel de pretendiente.

Infinitos percances le habían ocurrido después del molimiento de sus costillas; pero siempre firme, tenaz, no perdonaba medio de visitar la casa de María, y de dirigirle frases de amor, que la joven le contestaba con las negativas más absolutas.

Sólo el atestamiento ó la buena acogida que recibía del escudero pudieran ser los móviles para que el mancebo prosiguiese en su mal recompensada tarea.

Y eso que, según afirmaba, un espíritu infernal seguía todos sus pasos. ¡Cuántas noches al salir, dadas las ánimas, de acompañar á Martín y de escucharle sus interminables relaciones, encontraba el desgraciado Lucas, ya un pendenciero borracho que le llevaba lejos de las ventanas de María con toda la prisa que infunde el miedo, ya un formidable mastín que, sin saber de dónde, se encargaba de romperle las vestiduras, ó ya una tapada sirena que, después de encariñarlo con el atractivo de su talle, le descubría en cualquiera lejana encrucijada el rostro más espantoso que se pudo imaginar!

El hecho era que ni un solo segundo podía permanecer frente á las ventanas de su desdeñosa pretendida. El pobre mozo estaba á pique de desesperarse. Hasta con el sol claro, su perseguidor, se atrevía á mortificarle.

La única mañana que galantemente quiso acompañar á María á los Divinos Oficios, un hombre de atezada figura, como impensadamente, le hizo rodar de un empellón las gradas del atrio del Salvador. Lucas tuvo que retirarse confuso, avergonzado y, por añadidura, lleno de nada agradables contusiones.

Los comentarios que de esto hacía con su

padre y con Lozano, la rabia del par de viejos soldados cada vez que el muchacho sufría un percance, era cosa de difícil explicación. Y luégo, como nada descubrían, como no tropezaban con el rival, á su juicio afortunado, los cálculos se embrollaban más y más é iban á concluir por volverse locos.

Martín no podía olvidar la noche en que le acostaron sin sentirlo, y allá á solas experimentaba algún temorcillo de todo lo que sucedía.

En su consecuencia, resolvieron aclarar por completo las dudas del modo siguiente:

Primero, casando á los muchachos en cuanto se llenaran las formalidades establecidas; segundo, mudándose de la casa de Lozano, y, para mayor seguridad, yéndose á vivir á las campiñas cordobesas.

Resuelto el plan, como si dijéramos en familia, cada cual trató de ejecutar la parte que le concernía. Lucas empezó á verse con el señor cura, y á batallar con las costureras y confiteros; y, caso original, ningún impedimiento encontró, como se temía, en sus negociaciones. Era hombre feliz; su negra estrella había dejado de iluminarle é iba á entrar en un menos áspero camino. Martín también ha-

lló menos resistencia que la que esperaba. Cuando en su omnímodo poder de padre exigió que María entregara su mano á Lucas, el llanto bañó las mejillas de la joven, y hasta expuso razones en contra de la voluntad paternal. Pero á la mañana siguiente su pena había desaparecido, mirando con tranquila indiferencia los preparativos para su boda. Unicamente exigió, con el fin de prepararse á llenar más cumplidamente sus deberes, se la dejase meditar á sus anchas el nuevo estado que elegía, y que Lucas no la obligase á corresponder aún á sus amorosas frases.

¡Buena meditación tendría la bella! ¡Figúrate, pues, lo que habrá de pensar una joven antes de casarse!

XI

Ya se habían corrido las amonestaciones, y para el domingo estaba señalada la celebración del santo vínculo. Lucas, avergonzado en parte del desvío de su novia, juraba para sus adentros que había de vengarse con creces cuando el lazo matrimonial le diera el indisputable derecho sobre María.

Por su parte, los dos belicosos abuelos no

tenían menos prisa que el galán. Se susurraba que los moriscos mantenían relaciones secretas con los pueblos de las Alpujarras, y que el día menos pensado Granada ardería de punta á punta y serían degollados todos los castellanos.

Los buenos de los escuderos cobraron, con la tranquilidad del hogar doméstico, notable amor á su pellejo, y les desagradaba tener que vivir sobre aquel volcán, donde podían aparecer enemigos sin número al más pequeño toque de rebato.

Sin duda, ocupados de estas importantes consideraciones, escapó de su perspicacia el trajín, el movimiento que se traía en el palacio colindante. Bultos sospechosos entraban todas las noches, y una chismosa comadre, que fuera la que avisó á la ronda, afirmaba que debajo de las capas se ocultaban picos y azadones en vez de alfanjes ó mosquetes.

Hízose un registro por un tercio de arcabuceros con el correspondiente surtido de ministriles y escribanos; pero inútil, nada se pudo descubrir. El nuevo portero del palacio era un cristiano de cuya fe era imposible dudar, y que aseguró hallarse solo y único custodio del misterioso edificio, por ausencia, con toda

su servidumbre, del poderoso morisco Abén-Munuza, á quien pertenecía.

Aquellos olfateadores alguaciles, que ya en otra ocasión reconocieran los espaciosos salones, se daban á los diablos ante aquella inesperada soledad. En vano golpearon las paredes, en vano se introdujeron en los más recónditos mechinales; ni el mismo jardín escapara de sus pesquisas. Árbol por árbol, gruta por gruta, fueron objeto de sus anhelantes miradas. Tuvieron que retirarse confesando que, si había conspiración y conspiradores, estaban sin duda escondidos en los centros de la tierra, y llevando como desgraciado testimonio de su examen el cadáver de un corchete que, en su afán de descubrir, se había ahogado en el estanque.

¡Otro misterio! De profundidad escasa, el pobre ministro, que se apostaba de nadador, no había podido rebullirse, como si fuerzas humanas lo sujetaran en el fondo.

La ronda salió, como decimos, con más temor del que convenía á su dignidad; y eso que no presenciaron los relucientes ojos que ocultos tras los tapices los espiaban, y que pertenecían á rostros de valientes mahometanos que, en habitaciones ocultas, hubieran sido fieles guardianes en caso de necesidad.

XII

Era llegado el festivo día en que se trataba de celebrar la ceremonia. Desde muy temprano, la mansión del escudero se vió llena de multitud de personas.

Aterrorizado, y esto es verdad, por ciertos ruidos extraños que como eco doliente se escuchaban cada vez que se hablaba en la casa del matrimonio, el bueno de Martín Lozano quiso que para las bodas fuese un jubileo su morada. Cuantos amigos de sus campañas le quedaban, los vecinos, los simplemente conocidos, y hasta la no corta parentela de Lucas, se empujaban y se rebullían apiñados en las habitaciones de los novios.

Esta excesiva concurrencia los tranquilizaba en algún tanto, y sobre todo á Lucas, que, no habiendo sufrido percance en sus últimas tareas, se creía invulnerable para los sustos, cuanto sensible para el amor de su bella prometida.

Un observador que hubiese reflexionado sobre la fisonomía de ésta, de cierto que le extrañara la expresión de completa confianza que descubría. No era la resignación de una víctima lo que ostentaba, ni la energía ficti-

cia de una persona que toma una resolución violenta; antes por el contrario, las señales de una frialdad sin límites, de un indiferentismo cruel, sólo expresaba el rostro de María.

A ser un amante más avisado que Lucas, hubiera abandonado cariño y novia, seguro de acertar en su resolución.

Ningún incidente ocurriera durante la comida en familia. Los gastrónomos lucieron sus facultades estomacales, y alguna que otra curiosa observó que la protagonista, como si dijéramos, no probaba bocado.

Era natural. Lucas y el escudero se habían encontrado al desdoblar la servilleta un corto pergamino lleno de las más horrorosas y alusivas figuras, y María, por su parte, otro que en claras letras castellanas decía: «Esperanza.» Júzguese, pues, si eran estos buenos alicientes para el apetito.

El sol se hundía lentamente en el horizonte.

La noche asomaba su manto de tinieblas, y como presagio de algún grande acontecimiento, una luz bien distinta del último crepúsculo de la tarde invadió la casa de Lozano, tiñendo con sus vagos reflejos los semblantes de todos.

Ignorábase por dónde entraba ni qué la producía.

Los convidados se miraron entre sí con espanto, y á toda prisa arreglaron sus trajes para dirigirse á la iglesia. Lucas, colocado entre los dos ancianos, esperaba á la novia, que tardaba en su tocado algún tiempo más de lo que debe una muchacha que se casa.

Apenas se pronunciaba su nombre, ó se la apresuraba para que concluyese, los ruidos misteriosos volvían á sonar, pero indistintamente, por todos los ángulos del edificio, que muchos de los concurrentes tenían infinita gana de abandonar.

Oscureció por completo.

La vieja parienta trajo un gran número de candelabros, rogando en nombre de María que aun la esperasen un poco.

Jamás la anciana había estado tan servicial ni tan habladora.

Pasados algunos minutos, la joven se presentó ante la concurrencia.

Su hermosura fué objeto de una unánime exclamación. Con su vestido blanco, su corona de puras flores y la expresión encantadora de su rostro, parecía un ángel de ventura encargado de velar el sueño de un justo.

Al verla, el miedo huyó por un instante de los corazones de todos; y Lucas, más impetuoso, se dirigió á la puerta para franquearla y que diera paso á los acompañantes.

Descorrió rápidamente los cerrojos, alzó el picaporte; inútil: la puerta resistía á todos sus esfuerzos. En vano acudieron sus amigos; ni aquélla, ni la ventana, como si un poder secreto las dominase, daba salida á los asistentes á la ceremonia.

Al verse encerrados sin comprender el cómo, un terror pánico dominó á los espectadores de aquélla escena.

¿Qué resolver?

Martín Lozano pudo dominar su emoción, y sacando fuerzas de flaqueza dijo:

— Bien me noticiaron que esta casa estaba maldita; pero todo cede al nombre de Dios. Lucas, da la mano á tu esposa. Señores, imploremos el auxilio del Todopoderoso y echemos abajo las maderas.

No bien Lucas, obediente á las palabras del viejo, trató de poner entre las suyas la mano de María, cuando un estremecimiento inaudito, un ruido espantoso, se dejó sentir; y por encanto, sin producir derrumbamiento ni aun polvo, los lienzos de pared, que de la casa de

Lozano lindaban con el jardín, se plegaron como si fuesen de fina tela, quedando al descubierto aquella florida y misteriosa estancia.

Atónitos permanecieron cuantos allí estaban, sin movimiento y respirando apenas con gran trabajo.

¡Qué espectáculo tan maravilloso tuvieron que presenciar!

Como si hubiera contenido mares de agua el estanque, derramó sus corrientes por todos aquellos contornos, y el jardín mágico quedó convertido en un extenso lago.

Entonces la estatua marmórea volvió á animarse, y abriéndose y hundiéndose á la vez, cedió el lugar á un hermoso mancebo, vestido con un rico traje castellano, que en una leve barquilla llegó hasta el pie del tragaluz, convertido ya en un ancho mirador por la caída de los lienzos de las paredes del primer piso.

Al verle, María no pudo contener una exclamación de gozo, y separándose de los que la rodeaban, se arrojó precipitadamente en sus brazos.

Todo fué obra de algunos instantes.

El joven, que no era otro que Abén-Munu-

za, la colocó á su lado en la barquilla, y se retiró dentro del estanque, exclamando con voz atronadora:

— Maldición sobre aquellos que quieren separar dos almas que ha unido el amor.

Luégo, la escena, aseguran que fué de lo más horroso que se puede imaginar.

El agua invadía poco á poco las habitaciones, nunca con tanta fuerza como el miedo que agitaba á los concurrentes.

Crujidos de maderas y tabiques y gritos espantosos sonaban en derredor, y figuras de atezados negros, demonios, según el dicho de los agraviados, corrían repartiendo pescozones y puñadas sobre los ya asombrados asistentes al festín.

Uno sólo escapó sin estas caricias: Martín Lozano, á quien no se descubría en la confusión, lo mismo que á la anciana parienta.

En cuanto á Lucas, pretendido héroe de la fiesta, fué el más favorecido por aquellos espíritus inhumanos. Hasta afirmaba que le deshicieron las narices.

Por fin, después de tribulaciones difíciles de explicar, los convidados encontraron abierta la puerta de la calle.

En tropel se precipitaron hacia fuera, no

sin perder en la batalla varias prendas de su equipo.

¡Y cosa más extraña todavía! Ni una ronda se hallaba, ni un vecino asomado podía dar siquiera testimonio de sus padecimientos. Y eso que el temor les hizo gritar de lo lindo, y movieron un ruido capaz de despertar á una piedra, dado caso de que gozase de este privilegio.

Seguramente la *casa maldita* era respetada, y muy mucho, por los escarmientos que hiciera en los curiosos...

A la mañana siguiente, las viejas comadres del barrio se santiguaban temerosas delante de un montón de ruinas, que era lo que restaba del palacio y de la casa del escudero.

Sólo el estanque, lleno de turbias aguas, se descubría en medio de los escombros, causando aún pavor con la extraña ondulación que producía.

Versiones á cual más distintas circularon sobre lo acontecido en aquella noche terrible.

Quién aseguraba que un espantoso terremoto había conmovido todo el barrio, y reventado en la *casa maldita* como un castigo del Todopoderoso.

Quién afirmaba que era una conspiración de moriscos, sorprendida por los tercios de Casti-

lla, los que para más seguridad les habían echado encima el edificio.

Unos decían que la hermosa hija de Lozano vendiera su alma á Lucifer con tal de que la librase de su matrimonio con Lucas, á quien aborrecía.

Y otros (los más acertados) porfiaban que toda aquella tramoya había sido causada por un amante de María, rico y valiente como pocos, pero renegado y hereje como un miembro de la Sinagoga.

El caso fué que á las primeras horas del día una multitud de curiosos formaba cerco á aquellas murmuradas ruinas, las que no despejaron hasta que una manga de peones y media compañía de jinetes acudieron al sitio para prestar ayuda á la espantada justicia.

Cuanto removieron fué inútil; ruinas y trozos de edificios únicamente encontraron. Pero al llegar al estanque, cuya profundidad era preciso sondear, según el jefe de la ronda, el último chasco esperaba al curioso público y á los ministriles.

Estos, que creyeron no haber cuerdas bastantes para medir su profundidad, se hallaron como á la vara y media el tan apetecido suelo.

Es más: desaguado el receptáculo, conocieron que encubría una grande trampa, la que, abierta, dejó ver una escalera profunda y tenebrosa.

Ni un solo guapo hubo que se aventurara á descender una veintena de escalones, ni mucho menos á reconocer la salida de aquella anchísima mina.

Como es de presumir, aquel desenlace afirmó más y más la opinión del vulgo respecto del edificio. A piedra y lodo mandó taparlo la justicia; pero eso no evita que la gente huyera temerosa de aquel lugar, y que ni una sola lavandera se atreviese á acercarse al receptáculo, conocido por el *estanque encantado.*

Aunque se ha concluído el cuento, no se halla satisfecha tu curiosidad, nieta mía, hasta saber el fin de aquellos tiernos amantes, en cuyo lugar me parece desearías verte. ¿No es eso? Pues oye.

En una lindísima alquería de uno de los más amenos y escondidos valles de la fragosa Alpujarra, se encuentra una familia, tan feliz como poderosa, que es el consuelo de los pobres de la comarca, y el apoyo de gran número de trabajadores.

Compónese de dos parejas; una de jóvenes

y otra de ancianos. En la primera encontrarás, bajo el nombre de D. Juan del Milagro, el bizarro Abén-Munuza, con la seductora María, ese ángel de las montañas, como la apellidaban los moradores.

En la segunda verás á la anciana y al valeroso Martín, que no echa para nada de menos á sus antiguos compañeros de taberna, y que trinca y miente con aquellos pobres lugareños, que lo escuchan embelesados.

Sólo una parte de la servidumbre de don Juan, cuyos atezados rostros descubren su origen morisco, se sonríen maliciosamente al escuchar las hazañas del buen Lozano, entre las que no relata, á buen seguro, ni su noche de centinela ni las ocurrencias posteriores.

Todos son felices á su modo en aquella comarca, y parece que Dios ha dado su bendición completa sobre el nuevo cristiano y su familia.

Un día en el año, el aniversario de aquel en que la *magia* hizo tan espantosos prodigios, se dice una *misa cantada*, y se elevan al cielo las más entusiastas oraciones.

Entonces, y nada más, el escudero recuerda el demolimiento de las paredes de su casa, el precipitado viaje que unos negros le hicie-

ron acometer por bajo del estanque, su alegría al respirar el aire libre fuera de aquella mina, nada menos que en la vega, y la fuga emprendida hasta encontrar el refugio en la alquería.

Entonces, repetimos, Lozano mira con un poco de temor á su yerno; pero éste lo tranquiliza asegurándole que nada había de prodigioso en aquel acontecimiento, que todo estaba construído y dispuesto por un sabio alarife moro, y que los caminos y salidas subterráneas son lo más común é importante en los palacios árabes.

Con esto, y con noticiar que Lucas se ha dedicado á la iglesia, y que, de sacristán que es, tiene pretensiones de Obispo, el anciano se tranquiliza y se da por satisfecho.

Y llega la noche y las brisas de la primavera roban el perfume á los árboles en flor, purificando el ambiente. Y aparece la luna, y con su dulce claridad ilumina la fiesta campestre que preside la hermosa María.

Y alegres cantares repiten las montañas, y el gozo y la ventura embriaga tanto como el licor que corre de grupo en grupo.

Y entonces los jóvenes esposos, contemplanpo una estrella más brilladora que las otras, y

que semeja prestarles su vívido fulgor, exclaman enternecidos:

— Que siempre nos halle felices, y que el Supremo Señor que mira desde esa altura no aparte de nosotros su mano bienhechora y bendecida.

XVI

Calla la abuela, se enjuga una lágrima la nieta, y habla el autor.

¿No creéis cierto mi relato, lectoras de mi alma? ¿Dudáis de que ese *estanque encantado* haya existido y aun queden vestigios? No lo creo, pero si acaso...

Cuando la aurora enseña
su luz divina
y montes y praderas
grata ilumina;
cuando el céfiro blando
mece las flores
é inspira con su soplo
sueños de amores,
entre los frescos cármenes
que el Dauro baña
leed de mi relato
todas las páginas,

que quizá en tales sitios
se os aparezca
el genio poderoso
que esto sustenta,
y un amante os presente
tan rico en galas
como en sus tradiciones
rica es Granada.

EL CASTILLO DE IZNARROMAN

Tradición.

I

Aun reinaba el emperador Tiberio en Roma. Por el año 16 de la Era cristiana, en la provincia de Dux, en la Arabia Menor, el noble Calé y la no ménos ilustre Rebeca procrearon dos hijos. El primero nació sordo y mudo, y se llamó Cecilio; el segundo Tesifón, que era ciego.

Sabedores sus padres de los milagros que Jesucristo obraba, y deseando que aquéllos recobrasen la salud, llegaron á Judea en busca del Redentor.

La curación tuvo efecto, y su fe recompensada. Los dos hermanos pudieron afirmar las palabras de San Marcos: «A los sordos hizo oir y á los mudos hablar.»

Encomendados al discípulo Diego para que los instruyese, les cupo la misión de venir á predicar el Evangelio en España.

Aseguran las crónicas que hicieron diferentes viajes, y que fueron consagrados Obispos

por San Pedro en Roma el año 44 de nuestra salvación.

De orden del Apóstol, volvieron á sus piadosas tareas, llegando un año después á Andalucía, habiendo visitado antes á Jerusalén.

La fama de la santidad y elocuencia de Cecilio se extendió bien pronto por todas aquellas comarcas, y al residir en Granada, entontes conocida por *Iliberi*, su doctrina fué saludada por los gentiles con tal aplauso, que innumerables de ellos se convirtieron á la fe de Jesucristo.

II

Mandaban por aquel entonces en la ciudad, en nombre del poderoso Imperio romano, los cónsules Publio Manilio y Quinto Cornelio. Cada año de los seis que pasó el santo Obispo predicando la verdadera enseñanza, se señalaban por las adhesiones que recibía, creciendo como las flores del campo al influjo del saludable rocío aquel rebaño milagroso de que era el pastor más adorado.

Los idólatras, conociendo los admirables frutos que daba la palabra de Cecilio, determinaron en su ceguedad que recibiera el Santo la

corona del martirio. Difieren las opiniones sobre si la persecución fué promovida por los naturales que formaban el municipio, aliados ó confederados con los romanos, ó por orden exclusiva de éstos, obedeciendo tal vez las de su tirano y emperador Nerón, que lo era en aquella época.

Que se acercaba el fin de su gloriosa carrera, fué conocido por el sabio Obispo, quien entregó á su discípulo el sacerdote Patricio cuantas reliquias y escritos tenía en su poder para que no se apoderasen de ellas manos profanas. Y así ocurrió á los pocos días. Preso con los que le acompañaban, fué conducido al sitio que vamos á describir, y que da fundamento á esta tradición.

III

Por la parte más elevada de la antigua fortaleza que se conoce por la Alcazaba Cádima, se levantaba, como una de sus mejores defensas, la torre ó castillo de Iznarromán, ó del Granado.

Al pie de sus ricos muros, entre otros de mayor extensión, existía un estrecho y sombrío calabozo, por todos conceptos inhabitable.

En él estuvo encerrado el santo mártir, hasta que, llevado de nuevo con sus acompañantes al Monte Hipulitano, en las cavernas que habían sido moradas de él y los suyos, se consumó el cruento sacrificio, siendo quemados vivos, al parecer, en un horno de cal, el año segundo del imperio de Nerón y 57 de Jesucristo.

IV

Hoy, entrando por la placeta de San Nicolás al callejón denominado de San Cecilio, en toda la parte de la derecha se ven las imponentes ruinas de la cerca de las murallas del formidable castillo.

En el comedio, y enclavada en un fragmento de torreón, se descubre una bien rústica capilla como de tres varas de ancho y cuatro de largo, formada con el hueco de la mencionada torre, y cerrada con una desvencijada puerta de madera, con verjas que permiten examinar el interior.

Entrando, se presenta al frente el altar mayor, y en un pequeño nicho la imagen del referido santo. Encima está la muralla que forma la techumbre, y que corona una especie

de azotea enladrillada para evitar la lluvia, lo que no se consigue, pues todo el pequeño edificio está ruinoso y carcomidas sus paredes, especialmente las que la separan del huerto inmediato.

Dos arcos, uno más elevado que otro, se alzan sobre el altar, y debajo de éste, cubierto con el lienzo que sirve de frontal, existe una cueva, hoy llena de cascajo y de gruesas piedras desprendidas del muro, sitio que como dijimos es donde asegura la tradición estuvo el santo Cecilio encerrado con sus compañeros.

Aun se descubren señales de la forma del calabozo, igual en su construcción á cuantos se ven en otros sitios análogos.

Unos pedazos de una cruz de piedra, puesta allí sin duda para memoria, se descubren en un ángulo, la que dicen fué quitada al rellenar el lugar por los que adquirieron el terreno; esto es en cuanto al frente. A la derecha, entrando, se halla una larga losa de mármol negro con una inscripción muy legible todavía, que dice así:

†

«Es antiquísima tradición que esta fué la cárcel ó calabozo donde estuvieron presos los santos mártires señor San Cecilio, patrón y primer obispo de Granada, y sus once compañeros, de donde en diferentes kalendas los sacaron y llevaron por la puerta nueva al Sacro-Monte, donde fueron abrasados vivos por la predicación de la fe, cuyas reliquias se descubrieron prodigiosamente en el año de 1595, y fueron calificadas en el de 1600. Y á impulso de la devoción del Ilmo. Sr. D. Francisco de Cascajares del Castillo Blancas y Pastor, presidente de la Real Chancillería de esta ciudad, y á su costa se erigió esta ermita y adornos. Año de 1752.»

En el lado opuesto se divisa un lienzo de abigarrada pintura, que trata de representar la agonía del Señor, y debajo un cartelón con este letrero:

«Si el alma desfallecida
se encuentra sin alimento,
de Jesús la voz, sustento
le dará de eterna vida.»

Tal es el estado de la capillita que hemos visitado. Gracias á la piedad de un menestral morador del Albaicín, apellidado José Farrugia, el día del patrono y algún otro extraordinario se celebra en ella misa, mientras con sus escasos haberes la va preservando de la incuria de los tiempos y del abandono de los hombres.

¡Quién sabe si por desgracia este piadoso lugar estará llamado á desaparecer como tantos otros, cubiertas sus venerables ruinas por las espinosas higueras chumbas, que se van enseñoreando de los terrenos donde un día se elevara el más rico y populoso de los barrios granadinos!

LA FUENTE MISTERIOSA

LEYENDA

I

Hace muchísimos años de esto.

Como que Granada era musulmana y se la llamaba la perla más rica de Bassora, la ciudad de las mil torres y la sultana de Occidente.

Y como en estos dichos no habia exageración, á pesar de ser andaluces, aunque moros, sus propaladores, resultaba que todos querian habitarla y gozar de la hermosura de su cielo y de sus flores.

Y como las hadas, por más que sean hembras, tienen un gusto exquisito, aconteció que muchas dejaron los jardines de Alejandría y las amenas riberas de la soberbia Stambul, para venir á fijarse en los valles granadinos y tomar posesión de sus pintorescos y bellísimos cármenes.

Nada les costó el viaje, pues como seres impálpables, con sus alas de pintada mariposa y sus velos del mismo azul de los cielos, según

afirman sabios autores que las han contemplado en esta forma, por supuesto, entre sueños, tomaron el camino, y con su corte de *silfos* y algún que otro *genio* que más valía se quedara por allá, pues se ha incrustado en el de cierta señorita que no nombro por prudencia, se posesionaron del Albaicín, de la Alhambra, del Generalife, de los Alíjares y de cuantos sitios deliciosos encerraba este nuevo paraíso.

No hubo lugar para todas, pues las hadas abundan, y aunque no comen, ni gastan vestidos, cada una quiere tener su casita, bien en el tronco de un espinoso rosal, bien entre las tupidas ramas de los laureles, ó ya, las más calurosas, entre los límpidos cristales de alguna escondida fuente.

A estas últimas pertenecía el hada objeto de nuestra narración. Cuando no se transformaba en blanca paloma, reflejando en su plumaje los rayos solares; cuando no se escondía entre las hojas de los claveles figurando un lindísimo insecto, ó cuando haciendo de legítima hada no se presentaba como una hechicera hurí, impalpable, invisible á los ojos de la materia, pero no á los del alma, colocada, ya en el cáliz de una rosa, ya á la entrada de una amena gruta, causando el eterno pesar de los

que la contemplaban, que se enamoraban como locos, pues no hay otro remedio para el que ve ó cree haber visto una hada que despepitarse por ella; entonces, decimos, se mostraba en forma corpórea como una bellísima joven algo morena, pero ostentando copiosos rizos negros, unos ojos pardos que hacían más víctimas que algunos pronunciamientos.

Pues bien: en ese valle, que los antiguos llamaron de Valparaíso, que después denominaron de la Salud, por sus puras y aromadas brisas, y donde el Dauro arrastra pepitas de oro, al lado de un accidentado barranco que, descendiendo de los cerros de la Silla del Moro, conducía sus aguas torrenciales á mezclarse con las del río, se descubría en tiempos del desventurado Boabdil una gruta sombreada de espesas mimbres, y á que daba acceso una torcida vereda que empezaba en lo que hoy se llama puente de las Cornetas.

Cuando los disturbios que tanto precipitaron el funesto término de la dominación árabe en España daban treguas á que el pueblo granadino gozase de un momentáneo sosiego, en las plácidas noches de verano, gustaban algunas doncellas moras bajar del Albaicín á llenar su cántaro en un pequeño arroyuelo

que se escapaba de la gruta. ¿Era una fuente la que brotaba misteriosa en aquel escondido recinto? ¿Eran filtraciones de las grandes acequias que surtían del precioso líquido las casas de placer de los walíes musulmanes? Nadie trató de profundizar el misterio; sólo sabían que las aguas eran puras y agradables, y que su bebida producía en las muchachas cierta sensación inexplicable. Así es que la fama del sitio crecía rápidamente, y hasta se hizo punto de reunión para los más constantes amadores. Pero ¡cosa extraña! Unas veces el sabor de la corriente era amargo, otras dulce como la más exquisita miel; ya entonaba el pecho inspirando bélicos instintos, ya una languidez inexplicable desfallecía los más valerosos ánimos. Ora el amante motejado por fiel entre sus compañeros, después de un sorbo del manantial se volvía huraño y burlador de la que antes era dueña de sus pensamientos; y otras, más de una doncella zegrí, dura como la piedra de Macael, pronunciaba el tierno sí al siempre desdeñado Gazul que la imploraba con el búcaro lleno del agua del extraño nacimiento.

Aquello era un pequeño caos de contradicciones y anomalías.

No pasaba jornada sin que vasijas rotas atestiguasen escenas desapacibles entre las jóvenes mahometanas; y muchas veces, restos de negras y suaves trenzas se descubrían entre los espinos, que protestaban no ser suyas aquellas frutas de nueva especie, y lo que es peor, gotas y aun charcos de sangre, mostraban vestigios de mayores desaguisados.

Hubo de intervenir el cadí. Una guardia de robustos negros etíopes tomó posesión de la entrada de la cueva; pero cuando el sueño los rendía, y en las más misteriosas horas de la noche, un genio maléfico, pero en forma de una guapa hembra, se divertía á su costa, y ya amanecían trasquiladas sus lanudas cabezas, ó atados unos con otros en las posturas más ridículas.

Fué necesario acudir á los santones. Trabajo perdido. También los servidores del zancarrón sentían la influencia de aquellos lugares; y en vez de predicar el Corán, escandalizaban á los buenos creyentes ensalzando las formas voluptuosas de una sultana morena. Un alfaquí, más atrevido que los demás y confiado en la virtud de un amuleto traído de la Meca, se atrevió á penetrar en la cueva de donde brotaba el arroyuelo, y aun esperan su vuelta

sus discípulos. Unicamente se notó que un formidable buho graznaba melancólico pocas noches después en la tupida copa de un moral.

¿Y cuál era la causa? La hada, antojadiza y voluble como las de su especie, se divertía en infiltar en la corriente sus alegrías ó sus pesares. Cuando una lágrima de amor caía de sus dulcísimos ojos, aquello era un venero de felicidades: pero cuando un leve contratiempo la importunaba, cuando un rayo de sol indiscreto penetraba en su alcoba de gasa, entonces su llanto de tristura lo ponía todo tan amargo, que sus consecuencias eran duelos y desazones en la concurrencia.

Así es que poco á poco el sitio se fué quedando solitario, y el líquido *agridulce* dejó de ser receta para los enamorados, que afirmaban que un sér misterioso, pero maléfico, era quien hechizaba las corrientes.

II

Cuando el estandarte de la cruz se ostentó en el alcázar musulmán, y la fe cristiana extendió su perfume celeste, borrando las creencias del pagamismo, hadas, genios y silfos tomaron la sabia determinación de ausentar-

se, incapaces de resistir el brillo de la enseña de la Redención. Y he aquí que la gruta quedó obstruída y deshabitada, pero las aguas continuaron brotando, y ¡caso singular! con el último sabor que las comunicara su moradora. Puras, frescas, claras, pero un tanto agrias al paladar, tal vez por la rabieta que le produjera su forzada marcha, ó quizá por dejar su nombre como memoria eterna, pues según escribió el anciano morabito, que al parecer llevaba el registro civil de aquellas señoras, la turbulenta hada se denominaba *Agrilla*.

III

¿Quién de vosotros, lectores granadinos, no ha visitado el sitio á que me refiero? En las hermosas mañanas de Abril y Mayo, y al ponerse el sol en las calurosas tardes de Julio y Agosto, un largo cordón formado por gentes de todos sexos y condiciones sube la empinada cuesta que da acceso á la *Fuente del Avellano*, tan poética antes y tan olvidada hoy por nuestro Municipio.

Pero no se detienen allí: un fresco callejón sombreado de espesos árboles los conduce á

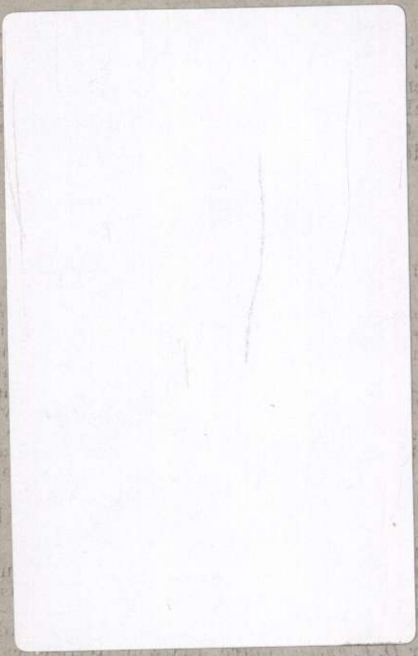
una pequeña plazoleta con un asiento en los costados, y allí reposan en amistoso consorcio, preparándose á beber del agua que sigue reputándose como medicinal. Y lo es en efecto: niñas ojerosas y pálidas se cambian á pocos días en lozanas rosas, y la cura es más cierta si el galán favorecido las acompaña en su paseo. Otras adquieren en aquellos sitios recuerdos imperecederos, si por observar algún *efecto de luna* se detienen después que las tinieblas han extendido su manto, y no pocos compromisos resultan en los bailes que, en la era cercana á la fuente, se mueven placenteros al són de las guitarras y bandurrias. Y es que el agua aun conserva la bondad por un lado, y la perfidia por otro, que la inspirara el hada, y que según la tradición durará eternamente mientras haya jóvenes de ambos sexos que suban á solazarse en el plácido recinto de la *Fuente de Agrilla*.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

de lo contenido en este primer tomo.

	Págs.
Introducción	5
Aasalgiab	13
La Cruz de la Rauda	28
La Piedra Negra	44
La Casa del Gato	56
El Algibe de la Vieja	62
La Buñolera	74
El Arco de las Monjas	92
El Estanque Encantado	103
El Castillo de Iznarromán	153
La Fuente misteriosa	160



Esta obra consta de dos tomos, y es su precio **3 reales** cada uno, en rústica, y **8 reales** los dos juntos, en pasta de tela y purpurina.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid, Granada y otros puntos, y en la Administración de la *Revista Religiosa.*

REVISTA RELIGIOSA

CIENTÍFICO-LITERARIA QUINCENAL

Las condiciones ventajosas que ofrece esta *Revista;* el interés de sus artículos, todos originales; las cuestiones que en ellos se tratan en sus diversas secciones, histórica, filosófica, canónica, arqueológica, recreativa y bibliográfica, y las mejoras materiales que de día en día vienen introduciéndose en ella, hacen que hoy sea ya casi universal su aceptación, y no pocos de sus apreciables colegas trasladen á sus columnas la mayor parte de los escritos que en la *Revista Religiosa* se publican.

Puede hacerse la suscrición de dos modos y á los precios siguientes:

REVISTA *sola*, 6 reales semestre y 12 un año.

REVISTA *con folletín*, 9 reales semestre y 16 al año.

En Cuba, Puerto-Rico y Portugal, 6 reales más sobre los precios marcados al año para España.

El importe de las suscriciones se dirigirá al Administrador *D. Francisco Calvo*, Plaza de Herradores, 10, segundo.—Madrid.